

Fray Alfonso D'Amato OP

EL PROYECTO DE SANTO DOMINGO



www.traditio-op.org



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

ÍNDICE

FUENTES.....	3
I. LA CARIDAD DE LA VERDAD.....	5
1. El principio animador del Proyecto de Santo Domingo.....	5
2. La contemplación de la verdad divina.....	6
3. La contemplación, don del Espíritu Santo.....	8
4. Prepararse para el don.....	9
II. CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN APOSTÓLICA.....	12
1. El fin propio de la Orden.....	12
2. La vida apostólica.....	15
3. ¿Orden mixta o contemplativa?.....	17
4. Apostolado y vida.....	18
III. ASCETISMO DOMINICANO.....	22
1. Mortificación y contemplación.....	22
2. Mortificación y acción apostólica.....	24
3. El espíritu de la penitencia de Santo Domingo.....	25
4. La mortificación dominicana.....	28
IV. LAS OBSERVANCIAS REGULARES.....	31
1. Las observancias en la vida dominicana.....	31
2. Oración comunitaria y personal.....	33
3. Devociones particulares.....	37
V. EL ESTUDIO.....	42
1. Estudio y contemplación.....	42
2. Estudio y vida apostólica.....	44
3. Estudio y vida espiritual.....	46
VI. LA VIDA COMUNITARIA.....	48
4. Vida comunitaria y contemplación.....	48
5. Vida comunitaria y acción apostólica.....	49

6. El sentido comunitario de Santo Domingo y su amabilidad.....	51
VII. LOS VOTOS RELIGIOSOS EN LA VIDA DOMINICANA.....	54
1. Los votos religiosos y el ideal de Domingo.....	54
2. La pobreza.....	54
3. La castidad.....	57
4. La obediencia.....	58
VIII. CLAUSURA, SILENCIO, HÁBITO.....	60
1. Clausura y vida religiosa.....	60
2. Silencio y predicación.....	60
3. El hábito, signo de consagración.....	62
CONCLUSIÓN.....	64
UNIDAD Y ARMONÍA DEL PROYECTO DE SANTO DOMINGO.....	64

FUENTES

El Proyecto de Santo Domingo es la idea maestra que lo guió en su vida y en su actividad y que lo inspiró en la fundación de la Orden de Frailes Predicadores. Conocemos este proyecto, sobre todo, a través de la misma vida del santo y del análisis de su personalidad.

Las fuentes principales que nos permiten delinear la personalidad de Santo Domingo de Guzmán y caracterizar su proyecto son:

- El *Libelo sobre los orígenes de la Orden*, del Beato Jordán de Sajonia, su sucesor inmediato en el gobierno de la Orden (abrev. *Libellus*).
- Las *Actas de la canonización*, con el testimonio de los primeros seguidores; (*Acta canonizationis: B., Boloniae*, Italia; *T., Toulouse*, Francia).
- Las *Constituciones antiguas*, formuladas en gran parte por el mismo Santo Domingo (*Constitutiones antiquae*).
- Y algunos otros documentos muy antiguos, como las primeras biografías del Santo, las cartas de los primeros Maestros de la Orden y las 'Vidas de los Frailes' de Gerardo de Frachet.

Los autores de los tres primeros documentos escriben y cuentan los hechos tal como ellos los vieron y los vivieron. Son los testimonios más auténticos de la vida, virtud y santidad de Domingo, así como los intérpretes más genuinos de su idea fundamental. Para comprender y profundizar mejor la idea de Santo Domingo, también nos serán útiles el Comentario a las primeras Constituciones del Beato Humberto de Romanis y algunos textos de Santo Tomás y de Santa Catalina de Siena, quienes han sido los intérpretes más esclarecidos del pensamiento del Santo Fundador.

Otros documentos fundamentales son:

- *Bullarium Ordinis Praedicatorum (Bull. O.P.)*.
- *De vita regulari*, HUMBERTO DE ROMANIS O.P.
- *Legenda Sancti Dominici*, PETRUS FERRANDI O.P.
- *Monumenta Ordinis Praedicatorum Histórica (M.O.P.H.) XVI*; Romae (1935) 209-260.
- *Leg. S. Dominici*, CONSTANTINO DE ORVIETO O.P. (*ibid.*) 261-352.
- *Liber Constitutionum et Ordinationum Fratrum Praedicatorum*, Roma 1986. (L.C.O.).
- *Monumenta Diplomática Sancti Dominici*, edic. V. KOUDELKA O.P., MOPH XXV, Roma 1966 (Mon. Dip.).
- *S. Th., Summa theologiae (Suma de teología)*, ed. Leonina, vols. IV-XII, Roma. S. THOMAS AQUINATIS
- *S.C.G., Suma contra gentiles*, ed. Leonina, XIII-XIV. S. THOMAS AQUINATIS.
- *Vitae Fratrum Ordinis Praedicatorum*, ed. REICHERT, MOPH I, Roma 1896.

Hemos tenido el cuidado de hacer hablar sobre todo los Documentos añadiendo muy poco de lo nuestro. Por esta razón, el lenguaje puede parecer un poco seco, exageradamente sintético y, desde luego, esquemático. Se trata de un método escogido deliberadamente para dar mayor realce a los hechos, claramente documentados, más que a las palabras; a la reflexión de los primeros seguidores del santo, más que a nuestros comentarios.

Es así, como la idea de Santo Domingo se presenta, en lo posible, en su realidad objetiva y en su autenticidad.

I

LA CARIDAD DE LA VERDAD

1. El principio animador del Proyecto de Santo Domingo.

Los primeros seguidores de Santo Domingo nos presentan al santo como un “*varón evangélico*”. “*En todas partes —escribe el Beato Jordán— sus palabras y sus obras manifestaban al varón evangélico*”¹ En estas palabras encontramos la síntesis de la personalidad de Domingo y del ideal que dejó en herencia a su Orden. Domingo, varón evangélico, es presentado por sus compañeros como un hombre celoso por la salvación de sus hermanos, asiduo en la oración; animado por un gran espíritu de penitencia; amante de la pobreza y de la vida común; observante de la Regla; discreto, paciente, pacífico, amable, misericordioso. Estas cualidades, que definen el carácter de Santo Domingo, nos servirán de guía en nuestro estudio.

Preguntémonos, ante todo, ¿cuál es el principio vital que anima el proyecto de Santo Domingo? El alma que informa la vida de los santos es la Caridad. La Caridad es la gran fuerza que los empuja; es la luz que los guía en su trabajo. La Caridad, es el principio general que anima la espiritualidad de las distintas familias religiosas. Sin embargo, la Caridad, en su principio y en su objeto, varía según los diversos modos con los cuales el hombre busca servir a Dios y a sus hermanos.

Además, en Santo Domingo el amor a Dios asume un carácter particular. El amor a Dios en Santo Domingo es, sobre todo, amor a la verdad divina; es la “*Caridad de la Verdad*”. Este amor es la idea fundamental que mueve y guía toda su vida y hace de él un contemplativo y un apóstol. Cristo, Verbo encarnado, sabiduría y revelación del Padre, “*luz que ilumina a todo hombre*” (Jn 1, 9), es el centro de la vida de Santo Domingo, el objeto de sus deseos, el alma de su actividad apostólica.

El carisma propio de Domingo y de la Orden podemos concretarlo en la “*palabra de sabiduría*”, de la que nos habla el apóstol San Pablo en su carta a los fieles de Corinto (1 Cor. 12, 8). La “*palabra de sabiduría*” es el don de conocer y de hacer conocer los más altos misterios de la fe, de conocer y hacer conocer aquella “*sabiduría misteriosa y escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para nuestra redención... y que nos ha dado a conocer por medio del Espíritu*” (1 Cor 2, 6 ss.).

“*Cada Orden —dice el Señor a Santa Catalina de Siena— resplandece por el brillo de alguna virtud particular... si bien todas las virtudes reciben la vida de la Caridad... Tu padre Domingo ha querido que sus hermanos no tuvieran otro*

¹ Libellus de principiis Ordinis Praedicatorum, Monumenta ordinis Praed. Historica, XVI, Romae, 1935, nº 104. (N. T.): en español en: “Santo Domingo de Guzmán visto por sus contemporáneos”, BAC, 1947.

pensamiento que el honor mío y la salvación de las almas, mediante la luz de la sabiduría. Y es precisamente de esta luz que él ha hecho el objetivo principal de su Orden, con miras a extirpar los errores difundidos en su tiempo. Él tomó el oficio del Verbo, mi Hijo unigénito. En el mundo aparecía un apóstol; con tanta verdad y luz sembraba mi palabra, disipando las tinieblas y proyectando la luz. Él fue un faro que yo puse en el mundo por medio de María...”².

Dante expresa poéticamente el carisma de Santo Domingo cuando escribe: “...por la sabiduría fue en la tierra un esplendor de la luz Celestial” (Par. XI, 38-39).

La “*Caridad de la Verdad*” expresa la esencia del propósito de Santo Domingo. Es el estilo dominicano de amar a Dios; constituye, por lo mismo, el rasgo específico de los hijos de Santo Domingo y el principio animador de toda su vida: una vida consagrada al culto de la verdad. La verdad amada, estudiada, contemplada, vivida, predicada y defendida.

El lema que encontramos en el escudo de la Orden: VERITAS, contiene en sí el programa de la vida dominicana, toda su razón de ser, toda su historia. La auténtica historia de la Orden es la historia de la fidelidad al ideal de Santo Domingo. Sus protagonistas, son los apóstoles de la Verdad: los grandes predicadores y misioneros de todos los tiempos, son los maestros de la Verdad: desde Santo Tomás hasta los grandes teólogos contemporáneos; son los mártires de la Verdad: desde San Pedro de Verona hasta los mártires de nuestros días.

Ahora bien, si la inspiración surge en Santo Domingo de la necesidad de su tiempo, su ideal empero es perenne, porque no está ligado a un momento histórico particular. El conocimiento y la difusión de la verdad es la tarea principal del cristiano de todos los tiempos, puesto que es la tarea que se fijó Cristo, quien vino al mundo “*para dar testimonio de la Verdad*” (Jn 18, 37).

2. La contemplación de la verdad divina.

La idea de Santo Domingo se halla sintetizada en la fórmula de Santo Tomás: “*Contemplar y transmitir a los demás lo contemplado*”³: Contemplar, alcanzar la verdad en la escucha y en la comunión con Dios, y compartir con los demás el fruto de la propia contemplación. El programa de Santo Domingo es el mismo que se propusieron los apóstoles: “*nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra*” (Hech 6, 4).

2 Diálogo de la Divina Providencia, c. 158.

3 S. theologiae, II-II, q. 188, a. 6.

*“La vida propia de la Orden —se lee en la Constitución fundamental de la Orden— es la vida apostólica en sentido pleno; una vida en la cual la predicación y la enseñanza deben brotar de la abundancia de la contemplación”*⁴.

Dos son los momentos esenciales de la vida de los hijos de Santo Domingo: la conquista de la verdad y la donación de la misma. Son dos momentos inseparables, puesto que el uno tiene su razón de ser en el otro: la conquista de la verdad desemboca en la predicación y en el anuncio de la Palabra; el anuncio procede de la plenitud de la contemplación.

El dominico es, ante todo, un contemplativo. Antes de ser maestro, es discípulo de la verdad; antes de ser padre y generador de la verdad en los otros, él mismo es engendrado por la Verdad. Él vive *“la verdad en el amor —como lo dice San Pablo— con miras a crecer en todo hasta Aquel que es la cabeza, Cristo”* (Ef 4, 15). Vivir en sí mismo la verdad evangélica es requisito previo para hacer crecer a los demás hacia Cristo.

*“El fraile predicador —escribe el Beato Humberto de Romanis— alcanza en la contemplación lo que después transmite en la predicación... razón por la cual, cuanto uno es más contemplativo, tanto más es dado a la predicación”*⁵.

*“El predicador de la palabra de Dios —exhorta el Beato Juan de Vercelli— medite día y noche la ley del Señor y procure alcanzar abundantemente en las fuentes de la Sagrada Escritura la verdad que deberá comunicar para la salvación del prójimo”*⁶.

Hay varios tipos de contemplación. Para simplificar nosotros no consideramos sino tres: aquellos que interesan más a nuestro propósito, a saber:

- La contemplación, como conocimiento intelectual y abstracto de Dios: es la contemplación de los misterios de Dios, propia del teólogo.

- La contemplación, como conocimiento afectivo, fruto de la meditación de los misterios de Dios a la luz de la Fe vivificada por la Caridad.

- La contemplación propiamente dicha: la contemplación infusa, que procede de la fe y está iluminada por los dones del Espíritu Santo.

El dominico, para realizar su propia vocación apostólica, tiene necesidad de estas tres formas de contemplación. Sin embargo, la *“plenitud de la contemplación”*, de la cual brota el auténtico apostolado dominicano, es la contemplación infusa. A ella está ordenada tanto la contemplación intelectual como la contemplación afectiva.

4 L.O.C., n. 1, IV.

5 De vita regulari, Roma, I, p. 48.

6 Litterae Encyclicae Magistrorum OP, ed. REICHERT, Monumenta OP Historica, V, Roma (1900), p. 121.

3. La contemplación, don del Espíritu Santo.

El dominico debe dedicarse al estudio asiduo de la Doctrina Sagrada. Con todo, la verdad que él ama y que constituye su pasión y su vida no es la fría verdad que busca la inteligencia humana, sino la verdad completa: Cristo, la Verdad que salva. Se trata de la verdad madurada en el estudio, hecha viva y concreta en la meditación, asimilada y vivida en la contemplación propiamente dicha.

La sabiduría divina no es la sabiduría que se puede adquirir con la fuerza de la razón, ni siquiera con la investigación teológica iluminada por la fe. Es la sabiduría infusa, un don de Dios a los santos, sus amigos: a quienes viven en perfecta comunión con Él; el conocimiento lleno de amor que los hace idóneos para penetrar en los misterios de Dios y también para hacer conocer y amar a Dios a los demás.

Hablando de la “misión” del Verbo, Santo Tomás escribe: *“el Hijo no es enviado al alma con miras a un perfeccionamiento cualquiera de la inteligencia, sino para que adquiera un conocimiento que prorrumpe en afecto de amor, tal como se lee en San Juan: “todo el que escucha al Padre y recibe su enseñanza, viene a mí” (Jn 6, 45). Por esta razón, acertadamente dice Agustín que “el Hijo es enviado cuando llega a ser conocido y percibido por alguien”; de hecho la percepción significa un cierto conocimiento experimental y este conocimiento se llama “sabiduría”, como si dijéramos un saber sabroso”*⁷.

La contemplación infusa es un conocimiento intuitivo, un conocimiento vivo y concreto de Dios, que tiene su principio y su término en el amor. No es una simple elevación de la mente a Dios, ni una consideración especulativa de la verdad divina; su objeto no es tanto Dios como creador, causa primera y último fin, sino Dios en cuanto Padre; es Dios que me ha amado tanto hasta el punto de enviar a su propio Hijo... es Cristo, mi hermano y salvador, que sufrió y murió por mí... es Dios, fuente de mi felicidad. Si bien, la contemplación es un acto de la inteligencia humana, es también efecto de un acto de amor, de una comunión vital con Dios que desborda en un aumento de amor.

La contemplación consiste en una misteriosa percepción de la presencia de Dios. Es un conocimiento lleno de amor y casi experimental de Dios; un ver a Dios, un poseerlo y ser poseído por El; es la visión de Dios, posible ya en esta tierra.

Para Santo Tomás, la contemplación es *“una simple intuición de la verdad divina, que tiene su origen en la caridad”*. Ella procede de una fe viva, fortalecida por los dones del Espíritu Santo, por los dones de inteligencia, sabiduría y ciencia⁸. Los dones del Espíritu Santo perfeccionan cada una de las virtudes morales y teologales e imprimen en ellas un dinamismo sobrenatural, que amplía el horizonte de la vida

⁷ S. Theol., I. q. 43, a. 5, ad. 2.

⁸ S. Theol., I-II, qq. 68-69; II-II, qq. 8-9, 45.

espiritual. Ellos “*disponen al hombre para secundar con prontitud la inspiración divina*”⁹. “*Por los dones —añade Santo Tomás— el hombre se configura a Dios y se halla habilitado para el bien obrar y puesto en el camino de la bienaventuranza*”¹⁰.

El don de inteligencia purifica la mirada de la mente y hace posible, en cierto modo, la visión de Dios; el don de ciencia conduce “*a través de los efectos a la contemplación de Dios*”; mientras que la función de la sabiduría consiste propiamente en “*contemplar las realidades divinas*”¹¹.

La ciencia de Santo Tomás fue fruto de la contemplación más que del estudio. “*Ved al glorioso Santo Tomás —dice el Señor a Santa Catalina—, como él con los ojos de la inteligencia se consagró enteramente a la contemplación de mi verdad, a quien brindé la luz sobrenatural y la ciencia infusa, y que él obtuvo más por medio de la oración que del estudio humano*”¹².

De Santo Tomás decía su discípulo Fray Reginaldo que “*debía su ciencia maravillosa no tanto a la capacidad de su ingenio cuanto a la eficacia de la oración. De hecho, cuantas veces quería leer, escribir o dictar comenzaba siempre por recogerse en el secreto de la oración y suplicaba a Dios con lágrimas para alcanzar la inteligencia de sus misterios... Como la inteligencia y el amor se compenetran en el alma así él encontraba en estas dos facultades el concurso de su acción recíproca: su oración, siempre fervorosa, ponía su alma en relación con las cosas divinas y, por el mérito de esta oración su inteligencia obtenía la gracia de contemplarlas. Y las comprendía con tanta mayor profundidad cuanto más su corazón se entregaba con amor más ardiente a la verdad ya antes comprendida con la luz de la inteligencia*”¹³.

4. Prepararse para el don.

Si la contemplación infusa es un don de Dios, ¿cómo pueden depender la vida y el apostolado de una fuerza y de una luz que son dones del Espíritu Santo? Ciertamente la sabiduría es un don de Dios; pero Él no deja de comunicar este don a quien lo pide y a quien lo merece. Dios no pide jamás imposibles. Si ha concedido al dominico la vocación de contemplativo y de apóstol, no dejará que le falten jamás los dones necesarios para que pueda cumplir de la mejor manera los deberes de su vocación.

Dios concede sus dones a quien los pide con fe y con amor y está dispuesto a recibirlos. “*Oré —leemos en el libro de la Sabiduría— y me fue dada la inteligencia,*

⁹ *S. Theol.*, I-II, q. 68, a. 1.

¹⁰ *C.G.*, lib. IV, c. 21.

¹¹ *S. Theol.*, II-II, q. 8, a. 7; q. 9, a. 2; q. 45, a. 6.

¹² *Diálogo* cit., c. 158.

¹³ GUILLERMO DE TOCCO, *Historia Beati Thomae de Aquino*, en “*S. Thomae Aquinatis. Vitae fontes*”, ed. Alba, 1968, n. 31.

clamé y vino a mí el espíritu de sabiduría". Pero, ¡cuidado!, el texto continúa: "y la preferí a cetros y tronos; en nada tuve la riqueza en comparación con ella... porque todo el oro a su lado es un puñado de arena... La amé más que la salud y la hermosura; y quise que fuera, más que otra, la luz que me alumbrara... Con ella me vinieron a la vez todos los bienes" (Sab 7, 7-11). La sabiduría es celosa: sólo se da a quien la prefiere a cualquier valor terreno, a quien la prefiere al poder, a la riqueza, a la belleza y aún a la salud.

Dios no deja de comunicar su gracia a quien hace todo lo que está a su alcance para obtenerla. "*El Espíritu Santo —dice Santo Tomás— no deja de intervenir en todo aquello que se refiere al bien de la Iglesia*"¹⁴. "*Dios que está presente en todas las cosas con su potencia creadora, lo está particularmente en el alma del justo con su gracia, la cual perfecciona la naturaleza y la hace partícipe de su misma vida*"¹⁵. Igualmente, los dones del Espíritu Santo, entre ellos el don de la sabiduría, están en todos los cristianos en virtud del bautismo. Sólo el pecado hace perder estos dones. El don de sabiduría se halla presente en todos los cristianos, inclusive en aquellos sin cultura, y se pone de manifiesto en el así llamado "buen sentido cristiano". Cuan mayor es el grado de caridad y cuanto más íntima es la comunión con Dios, tanto más aumentan la sabiduría y la capacidad de contemplar los misterios divinos.

Para Santo Tomás, son tres los grados que llevan a la contemplación infusa: el ejercicio de la virtud moral; algunos actos que mejor disponen el alma, como el estudio, la escucha de Dios, la oración, la meditación; y la contemplación de los efectos de la acción divina en lo creado, en cuanto que por la excelencia de la obra se llega a la sabiduría del Creador¹⁶.

De la oración y del estudio, como valores que disponen a la contemplación, hablaremos enseguida. Las virtudes morales abren el camino a la sabiduría, porque purifican el espíritu y lo disponen a la acción del Espíritu de Dios. "*El principio de la sabiduría es el temor del Señor... Si deseas la sabiduría observa los mandamientos; entonces el Señor te la concederá. El temor del Señor es sabiduría e inteligencia*" (Eclo 1, 12-23). El temor del Señor nace del amor e induce a guardar sus mandatos. La adhesión a la voluntad de Dios es luz y sabiduría, es conocimiento de los misterios de Dios. "*La sabiduría que viene de lo alto —dice Santiago— es incontaminada y pacífica, afable, dócil, llena de misericordia y buenos frutos, imparcial y sin hipocresía*" (Sant 3, 17). En estas características de la sabiduría divina —"*la sabiduría que viene de lo alto*"— encontramos señaladas las virtudes morales necesarias para el que quiera ser discípulo de la sabiduría. Quien quiere conquistar la sabiduría debe tener la pureza interior, debe estar libre de pecado y poseer cierta transparencia espiritual. "*La sabiduría no entra en un alma que obra el mal, ni habita en un cuerpo sometido al pecado*" (Sab 1, 4). Además, el discípulo de la sabiduría debe ser "*pacífico*", constructor de la paz; "*afable*", condescendiente con los demás; "*dócil*", disponible a

¹⁴ *S. Theol.*, II-II, q. 177, a. 1.

¹⁵ *S. Theol.*, I, q. 43, a. 3.

¹⁶ *S. Theol.*, II-II, q. 180, aa. 2-4

la obediencia y abierto al diálogo. El sabio es humilde y tiene conciencia de que todo el mundo puede aprender algo; es misericordioso (lleno de misericordia), caritativo, pleno de buenas obras y “*buenos frutos*”. No juzga, es simple y sincero, “*sin hipocresía*” (Sant 3, 17), pues “*el Espíritu Santo que nos educa huye de la doblez y se aleja de los pensamientos insensato*” (Sab 1, 5). El que ama la sabiduría debe evitar la mentira; su boca está consagrada a la verdad. “*Si la mentira —escribe San Alberto— es pecado en la boca de todo hombre, en la boca de un maestro de la verdad es sacrilegio*”¹⁷.

Para tener parte en la mesa de la sabiduría divina es necesario, sobre todo, hacerse “*pequeño*”, librarse de la obsesión y de la presunción de la propia “*grandeza*” y de la propia “*sabiduría*”. El Padre se oculta de los prudentes y sabios del mundo y se manifiesta a los “*pequeños*” (Mt 11, 25). La simplicidad del corazón y la humildad abren el camino a la sabiduría. Por eso el apóstol Pablo amonesta: “*Si alguno se cree sabio según el mundo, hágase necio, para llegar a ser sabio*” (1 Cor 3, 18).

¿Por qué Dios habrá de privar de sus dones al dominico que hace todo cuanto está a su alcance para merecer la gracia, que se libra del orgullo, que se hace “*pequeño*”, practica las virtudes morales, cumple todos los deberes de su propio estado y conforma siempre su propia voluntad a la voluntad divina?

“*Disponeos —escribe el Beato Juan Teutónico (1246), cuarto Maestro General de la Orden— a la infusión de los dones divinos para consagrarlos a su efusión*”¹⁸.

¹⁷ S. ALBERTO MAGNO, In Jonam prophetam, c. IV. Lione, 1951, Vol. VIII, p. 130.

¹⁸ Litterae Encyclicae. cit., p. 7.

II

CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN APOSTÓLICA

1. El fin propio de la Orden.

Dos son las acciones que caracterizan la “*Caridad de la Verdad*”: la contemplación y la comunicación del fruto de la contemplación. En la Orden dominicana la contemplación no es, como en el monaquismo, sólo una perfección personal; ella fructifica en la acción apostólica. La “*Caridad de la Verdad*” es amor a Dios, Primera Verdad, y amor al prójimo, a quien se comunica la Verdad. Es hablar con Dios en la contemplación y hablar de Dios en el anuncio del mensaje evangélico: el “*hablar con Dios o de Dios*” de Santo Domingo. La “*Caridad de la Verdad*”, por este motivo, no es un amor abstracto: es un amor vivo que urge a la acción, que apremia a comunicar a los demás aquella verdad y vida divina que ha sido asimilada en la contemplación.

El fraile predicador, como Santo Domingo, asume “*el oficio del Verbo*”. Su ejemplar es el Verbo, el cual —como dice Santo Tomás— no es un verbo cualquiera sino el “*Verbo que inspira el Amor*”¹⁹. La contemplación dominicana no es solamente luz que resplandece, es luz que ilumina, que se difunde, porque también es amor. “*Iluminar —escribe Santo Tomás— es mucho más perfecto que resplandecer solamente; asimismo es mejor comunicar a los demás los frutos de la contemplación que contemplar solamente*”²⁰.

Santo Domingo, descubrió su propia vocación apostólica cuando, atravesando el Mediodía de Francia, entró en contacto con la herejía. “*En cuanto advirtió —escribe el Beato Jordán— que los habitantes de aquella región desde hacía tiempos vivían en la herejía, comenzó a sentir una gran compasión por tantas almas que vivían miserablemente engañadas por el error*”²¹. Desde aquel momento Domingo consagró totalmente su propia vida al anuncio del mensaje evangélico.

Santo Domingo estaba animado por un gran celo apostólico. Sobre este punto son unánimes los testimonios de sus primeros compañeros. “*El se afanaba con todas sus fuerzas por conquistar almas para Cristo —escribe el Beato Jordán— y sentía en su corazón una emulación casi increíble por la salvación de todos*”²². Al Beato Jordán hace eco Fray Rodolfo de Faenza: “*Estaba siempre ansioso de la salvación de todas las almas, tanto de los cristianos como de los sarracenos... jamás se vio persona alguna*

¹⁹ *S. theol.* I, q. 43, a. 5, ad. 2.

²⁰ *S. theol.* II-II, q. 188, a. 6.

²¹ *Libellus*, n. 15.

²² *Libellus*, n. 34.

que tuviese tanto celo por las almas como él”²³. Fray Guillermo de Monferrato añade: “Estaba lleno de amor solícito por la salvación del género humano más que cualquier otro hombre que jamás hubiera visto, si bien había conocido muchos religiosos”²⁴. Aún más: “Era muy asiduo en la predicación, celoso del bien de las almas, e invitaba a sus hermanos a hacer otro tanto”²⁵; “desbordaba de sentimientos de compasión por el prójimo, para quien deseaba ardientemente la salvación. Personalmente él predicaba muy a menudo”²⁶; “deseaba ardientemente la salvación de todas las almas, tanto de los creyentes como de los infieles. Y más de una vez me dijo que apenas hubiéramos organizado y dado consistencia a la Orden nos iríamos a tierras de los Cumanos para predicarles la fe en Cristo y conquistarlos para el Señor”²⁷.

El celo ardiente de Santo Domingo nace de su asiduo coloquio con Dios en la contemplación de los misterios divinos y del deseo de imitar a Cristo Salvador. Suplicaba al Señor que se dignara acrecentar en él la Caridad “para velar y trabajar eficazmente por la salvación de los hombres, convencido como estaba de que sólo sería verdadero miembro de Cristo cuando se consagrara por entero a la salvación de las almas a semejanza de Jesús, nuestro Salvador, que se entregó totalmente para redimirnos”²⁸.

Fray Domingo, apóstol celoso, quería que sus hijos estuvieran continuamente dedicados a la oración y al ministerio de la predicación y que “de día y de noche, en casa y en el campo, en camino y en todas partes predicaran la palabra de Dios y no hablaran más que de Dios”²⁹.

El proyecto de Santo Domingo aparece ya claramente esbozado en el decreto con el cual el obispo de Tolosa, Fulco de Marsella, en junio de 1215, instituye a Fray Domingo y a sus compañeros como “predicadores” en su propia diócesis. En este decreto, que es la primera aprobación canónica de la nueva Orden, se dice que Fray Domingo y sus compañeros tienen por tarea “extirpar la herejía, combatir los vicios, enseñar la regla de la fe y educar a los hombres en las buenas costumbres”. Para cumplir esta misión —continúa el decreto— “ellos se proponen practicar la pobreza evangélica y predicar la verdad del Evangelio”³⁰.

Naturalmente, al escribir esto, el obispo Fulco tenía presente la idea de Santo Domingo y la actividad que este desplegaba ya junto con sus compañeros. El decreto del obispo de Tolosa no hacía otra cosa que darle carácter oficial a una actividad puesta ya en práctica por iniciativa personal de Domingo: extirpar la herejía y formar hombres en la virtud con la predicación y el ejemplo de una vida evangélica.

²³ Acta canon. B, n. 32.

²⁴ Acta canon. B, n. 12.

²⁵ Acta canon. B, n. 18.

²⁶ Acta canon. B, n. 26.

²⁷ Acta canon. B, n. 43.

²⁸ Libellus, n. 13.

²⁹ Constit. Antiq., II, c. 31.

³⁰ Monumenta Diplomatica, S. Dominici, Monumenta OP Historica, XXV, ed. V. Koudelka. Roma 1966 cit., n. 63. pag. 57.

Desde un comienzo a Domingo le decían “*el ministro de la predicación*”. Fue el obispo Fulco quien por primera vez lo llamó “*el maestro de los predicadores*”. En la primera expresión se manifiesta la actividad propia de Santo Domingo: él es el ministro, esto es, el servidor de la palabra de Dios. En la segunda, “*maestro de los predicadores*”, se expresa ya la relación con sus compañeros: Santo Domingo aparece señalado como el maestro, el guía y el organizador de los predicadores.

El Papa Honorio III, en la primera carta dirigida a Domingo de Guzmán y a sus compañeros (21 de junio de 1217), inmediatamente después de la aprobación de la Orden, pone claramente en evidencia el carácter específico de su actividad. “*Estos hermanos —dice— son los invencibles combatientes por Cristo, armados con el escudo de la fe y con la espada de la palabra de Dios*”. El Pontífice los exhorta a dedicarse totalmente a la difusión de la Palabra Divina “*enseñando oportuna e importunamente y cumpliendo encomiablemente la obra de evangelistas*”³¹. El mismo Pontífice en otra carta (11 de febrero de 1218) llama por primera vez a la nueva orden la “*Orden de los Predicadores*”³². El nombre pone de manifiesto el fin propio de la Orden. El Beato Humberto dice expresamente que la Orden ha tomado el nombre de su propio fin: “*La predicación —escribe— es el fin propio de la Orden de los Predicadores*”³³.

En las primeras Constituciones se lee que “*la Orden, desde sus primeros días, fue instituida específicamente para la predicación y salvación de las almas*”. El Beato Humberto explica que los dos fines se diferencian en esto: el primero es el fin específico de la Orden; el segundo es el fin común. El primero está ordenado al segundo³⁴.

El fin propio de la Orden viene a ser, de esta manera, como el calificativo de la actividad apostólica de Santo Domingo y sus compañeros, a quienes Honorio III define (4 de febrero de 1221) como “*totalmente dedicados a la evangelización de la palabra de Dios*”³⁵. Gregorio IX, unos años más tarde, (2 de octubre de 1231) reafirma que los dominicos están “*especialmente dedicados*” al ministerio de la predicación³⁶.

La “*predicación*” dominicana se ha de entender, naturalmente, en sentido genérico. No significa solamente predicar, sino también enseñar y en general defender y difundir la verdad de la fe con la palabra y con las obras. El apostolado dominicano es multiforme: apostolado de la palabra y de la pluma, del pulpito y de los encuentros personales; apostolado entre los doctos y entre los ignorantes; apostolado científico y popular. “*Enseñamos a sabios e ignorantes —escribe el Beato Humberto—, a clérigos y laicos, a nobles y plebeyos, a pequeños y grandes*”³⁷.

³¹ *Mon. Dip.*, n. 79

³² *Mon. Dip.*, n. 86.

³³ *De vita reg. cit.*, II, pp. 38-39.

³⁴ *De vita reg.* II, 39.

³⁵ *Mon. Dip.*, n. 145.

³⁶ Bullarium OP, Vol I, Romae. 1729. cit., 1, p. 36.

³⁷ *Littera Encyclicae. cit.*, p. 53.

El apostolado dominicano es variado en sus formas. Lo que no debe faltar nunca, para que sea verdaderamente dominicano, es la impronta propia: el culto a la Verdad, intensamente contemplada y fielmente vivida y anunciada. Todos pueden ejercer un auténtico ministerio dominicano con tal que lo hagan como dóciles discípulos de la Verdad. La sabiduría no es privilegio de los doctos, sino de los santos. La hermana dominica que enseña catecismo a los niños es una hermana predicadora.

2. La vida apostólica.

¿Cuál es la relación existente entre la contemplación y la actividad apostólica del dominico? ¿Qué es lo que debe prevalecer en la vida apostólica? ¿Es necesario sacrificar la contemplación a la acción o, al contrario, sacrificar esta a aquella? ¿La contemplación viene a ser un medio subordinado al fin, más precisamente a la acción apostólica? Mucho se ha discutido en torno a estas cuestiones. Ahora es el momento de precisar algunos puntos.

La contemplación —decíamos antes— no es un medio con relación a la acción apostólica, es su propia fuente. Para Santo Tomás, —a quien podríamos considerar como el intérprete más genuino del pensamiento de Santo Domingo— la vida apostólica no se contrapone a la contemplación sino que es una fusión de contemplación y acción. En la vida dominicana el dualismo de acción y contemplación se ha superado no sólo en los efectos sino en la misma estructura de la unidad de la vida apostólica, donde la acción fluye de la contemplación. La vida apostólica del dominico es contemplación que fructifica en acción, es acción que brota de la plenitud de la contemplación.

Santo Tomás distingue tres fases en el acto contemplativo: la primera, aquella del amor que incita a contemplar, a sumergirse en Dios; la segunda, la contemplación, como “*simple intuición de la verdad*”; la tercera, la necesidad de dar a conocer a los demás aquello que ha sido contemplado³⁸. La plenitud de la contemplación consiste propiamente en su desbordamiento; no es un simple acto de la inteligencia, ni el culmen de un conocimiento científico, como máximo conocimiento posible acá en la tierra; es un acto de la voluntad, un acto al que sigue el conocimiento intuitivo; es la necesidad de hacer conocer y amar a los demás la verdad contemplada. El amor, que es el primer motor de la contemplación, es también su coronamiento. “*Porque del amor de las realidades divinas brota la manifestación de las mismas*”³⁹.

El celo apostólico es como una consecuencia necesaria de la contemplación. Brota del conocimiento vital del Dios hecho hombre y de la contemplación del plan divino de la salvación universal.

³⁸ S. *Theol.* II-II, q. 180, a. 7, ad. 1.

³⁹ S. THOMAE AQ., *De Veritate*, ed. Leonina XXII, Roma, 1970-1974, q. 26, a. 3, ad. 18.

El culmen de la vida apostólica se halla propiamente en el momento de la comunión con Dios, cuando, en contacto con la divinidad, en el conocimiento experiencial de Dios, el apóstol aparece radiante de luz y de amor, haciéndose capaz de hablar de Dios y en nombre de Dios; llega a ser, como dice Beato Humberto, “*la boca de Dios*”⁴⁰.

En consecuencia, la vida dominicana, el proyecto de Santo Domingo, consiste en el anuncio del mensaje evangélico, en cuanto desbordamiento de la contemplación; en otras palabras, es la contemplación que de su plenitud desborda para la salvación de los hombres. Para el dominico la contemplación es algo notablemente dinámica, algo así como una fuerza que empuja. Dante diría “*la profunda veta*” que “*apremia*”⁴¹; es la Caridad de Cristo que urge (2 Co 5, 14); es la “*Caridad de la Verdad*”, desbordante por naturaleza.

La contemplación en la vida del dominico no es un acto, sino un sistema de vida; no es sólo preparación para el apostolado, como generalmente se piensa, sino que es el agua viva que nutre continuamente la acción apostólica. La vida del apóstol es una oración continua. Realiza aquel orar “*incesantemente*” querido por Pablo (1 Tes 5, 17; cf. Rm 12, 12).

Cuando se dice que Santo Domingo dedicaba el día al prójimo y la noche a Dios, o que no hablaba sino con Dios o de Dios, no hay que pensar en una distribución de su tiempo o en una simple división de sus obligaciones, ya que cuando estaba con sus hermanos también su mente estaba dirigida hacia Dios, y cuando entraba en contacto con Dios en la oración, su corazón estaba con sus hermanos, para quienes suplicaba la misericordia del Señor. Sea que ore o contemple, sea que predique o se acerque a sus hermanos, es Dios quien siempre ocupa el primer lugar. La razón de ser de su contemplación y de su acción es Dios. La acción es guiada siempre por la luz de la contemplación⁴².

Así como Cristo estaba siempre atento a la voluntad del Padre y aun estando con los hombres nunca dejó de estar con el Padre, así el dominico está constantemente en comunión con Dios. En el silencio, en la meditación, en la contemplación, el Padre le sugiere el modo más conveniente para llegar al corazón de los hermanos e indicarles el camino de la salvación. El apóstol del Evangelio debe poder decir con el Maestro: “*Mi doctrina no es mía sino de Aquel que me ha enviado*” (Jn 7, 16). “*Yo os digo aquello que he visto junto a mi Padre*” (Jn 8, 38). “*Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar... Por eso las palabras que yo hablo, las hablo como el Padre me lo ha dicho a mí*” (Jn 12, 49-50).

⁴⁰ *De vita reg.*, II, p. 385.

⁴¹ *Divina comedia*, Paradiso XII, 99.

⁴² *S.Theol.*, II-II, q. 45, a. 3.

3. ¿Orden mixta o contemplativa?

La Orden dominicana ¿es una Orden activa o contemplativa? Son muchos los que han dicho que se trata de una Orden de naturaleza mixta, una Orden contemplativa-activa, porque la contemplación desemboca en la acción apostólica. Pero para Santo Tomás la vida religiosa es o activa o contemplativa; no existe una vía intermedia⁴³.

La contemplación y la acción apostólica en la vida del dominico —lo hemos dicho ya— no son dos actos sucesivos, sino simultáneos. El apostolado dominicano no es vida activa en contraposición a la contemplación, ni tampoco una yuxtaposición de contemplación y acción, sino un acto contemplativo-activo, en el cual, no obstante, predomina la contemplación. La contemplación es a la acción apostólica lo que el alma es al cuerpo. El objeto de la predicación es siempre lo “*contemplado*”, que no cesa de ser contemplado en el momento en que es comunicado a los demás. La palabra, los gestos, la acción propiamente dicha, no son más que signos que permiten poner de manifiesto lo contemplado. De ahí se deduce que la predicación es esencialmente contemplación; no es otra cosa que la contemplación que se desborda, que sobreabunda en acción⁴⁴.

De la contemplación se pasa a la acción, del amor de Dios se pasa al amor a los hermanos, del coloquio con Dios al coloquio sobre Dios, sin solución de continuidad y sin perder nada. El paso de la vida contemplativa a la vida activa —dice Santo Tomás— sucede “*no en forma de substracción sino en forma de adición*”⁴⁵. El amor a Dios no disminuye por el hecho de expandirse en el amor a los hermanos. Siempre es Dios a quien se ama en los hermanos.

La acción apostólica del dominico no interrumpe la contemplación, sino que viene a ser su prolongación. Así como el fruto permanece vivo mientras no se desprenda del árbol, así también la acción apostólica es viva y vital, capaz de transmitir vida, con la condición de que no se desprenda de su fuente que es la contemplación.

Para el dominico la contemplación tiene que ser el principio y el objetivo de su vida; no tanto un acto, sino un sistema de vida; es el 'estado' propio de su vida.

El dominico es siempre un contemplativo. Incluso en el momento de la acción, cuando está en medio de la gente, cuando conversa, cuando discute y da testimonio del Evangelio con la palabra y la vida, el dominico está sobre todo con Dios. Su corazón está en Dios.

El contacto con la gente es un momento muy importante y delicado para el apóstol. Es el momento de la siembra, el momento en el cual él transmite la verdad, el momento en el cual trasplanta la vida divina que sobreabunda en él. Es el punto de

⁴³ *S. theol.*, II-II, q. 179, a. 2.

⁴⁴ *S. theol.*, II-II, qq. 179-181.

⁴⁵ *S. theol.*, II-II, q. 182, a. 1, ad. 3.

llegada de un fatigoso itinerario; el acto final de una tarea que le ha exigido todas sus energías. Es el momento en el cual el apóstol da el fruto —bajo este aspecto se puede considerar el momento de la cosecha— fatigosa y amorosamente madurado en su espíritu, en su vida de sacrificio, de dedicación y fidelidad a la gracia. En este momento, de manera particular, el apóstol debe vivir en comunión con Dios, cuya gracia se hace indispensable para poder fecundar la simiente que acaba de arrojar en el corazón de los hermanos.

4. Apostolado y vida.

La acción apostólica del dominico gira siempre sobre dos elementos: la enseñanza de la verdad y el testimonio de la vida evangélica. Santo Domingo antes que ser maestro de la palabra es maestro de vida. Para él el estudio de la Sagrada Escritura no se reduce a una verdad abstracta sino que se traduce en obrar el bien. Inmediatamente siente la necesidad de transformar en vida la luz de la verdad que ha conquistado en el estudio, en la meditación y en la contemplación de los misterios de Dios. *“Durante los estudios —escribe el Beato Jordán— bebía con tanta asiduidad y avidez en los arroyuelos de la Sagrada Escritura... Y las cosas que aprendía con tanta facilidad... las irrigaba con sentimientos de piedad, haciéndolas germinar en frutos de buenas obras”*⁴⁶.

A la época de estadía en Palencia se remonta el episodio de la venta de sus propios libros y de *“todos sus enseres”*, durante una angustiosa penuria con miras a *“aliviar la miseria de aquellos que morían de hambre”*. Fue en aquella ocasión cuando dijo que *“no quería estudiar sobre pieles muertas mientras hubiera hombres muriendo de hambre”*⁴⁷. A la misma época de sus estudios se remonta también aquel gesto de caridad, recordado por sus primeros biógrafos, cuando se ofreció en venta para rescatar a un joven prisionero de los sarracenos⁴⁸.

Para la Iglesia Domingo es, ante todo, un hombre apostólico, aquel que ha *“iluminado”* al pueblo de Dios *“con sus méritos y doctrina”* (Liturgia de la fiesta del Santo), esto es, con el testimonio de su vida y la sabiduría de su palabra. Domingo fue realmente varón evangélico, testigo auténtico del mensaje de Cristo, a quien anunció primero con su vida y luego con su palabra.

El testimonio de una vida totalmente conforme al mensaje evangélico es para el dominico una consecuencia inmediata de su vida de contemplación, y condición absoluta de la fecundidad de su acción apostólica. El apóstol de la verdad divina se debe

⁴⁶ *Libellus*, n. 7.

⁴⁷ *Libellus*, n. 10; *Acta canoniz.*, B, n. 35.

⁴⁸ P. FERRANDI, *Legenda S. Dominici*. MOPH, XVI, n. 21.

a la verdad total; la verdad de la inteligencia y la verdad de la vida; la verdad que es humildad, coherencia, veracidad, simplicidad, lealtad, sinceridad y franqueza.

Una vida en conformidad con el mensaje de Cristo es ante todo una consecuencia de la vida contemplativa. El don de la sabiduría es la guía de la vida. *“La sabiduría —dice Santo Tomás— dirige los actos humanos conforme a las leyes divinas”*⁴⁹, lo cual consiste en dejar pasar a la práctica de la vida diaria la luz de la verdad contemplada. Quien vive en íntimo contacto con Dios, quien contempla el amor y la santidad de Dios, no puede dejar de regular con la caridad todos sus propios actos. El amor y la amistad con Dios, surgida de la contemplación, llevan a la imitación de Dios, a tener los mismos sentimientos de Cristo, a observar sus mandatos, a imitar en lo posible su actitud con relación al Padre y a los hermanos. *“Quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él”* (1 Jn 2, 4).

El testimonio de una vida evangélica es condición indispensable para que la acción apostólica no sea estéril, sino que produzca frutos de vida eterna. La palabra de Dios no es una verdad cualquiera, ni un pensamiento abstracto; a diferencia de la palabra humana, es también vida, está ordenada a la salvación, a acrecentar la fe de los creyente y a preparar el ánimo de los que no creen en la acción de la gracia. La verdad que salva no puede conquistar a los demás si antes no ha conquistado al predicador. La verdad que se estanca en la inteligencia y no se convierte en vida, no puede ser luz y vida para los demás.

El apóstol no es un actor que recita una parte. Su palabra está dirigida a conquistar el corazón y no solo la inteligencia. En el ministerio apostólico no bastan las palabras. Estas pueden llegar a los oídos, pero es la gracia la que llega al corazón, ilumina la inteligencia y mueve la voluntad. Y la gracia es un don de Dios. Es Dios quien salva. El apóstol es sólo un instrumento del encuentro misterioso del alma con Dios. Las palabras jamás podrán sustituir la eficacia del Verbo Eterno. Por eso el apóstol deberá siempre hablar de la abundancia del corazón; antes que llevar la verdad en sus labios, la deberá llevar en el corazón y en su vida. *“El Espíritu Santo —dice Santo Tomás— que no falla en aquello que sea de utilidad para la Iglesia, también da a los miembros de la Iglesia el don de la palabra, no sólo para que alguien hable de tal modo que sea entendido por muchos, lo cual pertenece al “don de lenguas”, sino también para que hable con eficacia, lo cual pertenece al “don de la palabra”. Y esto de tres modos: Primero para iluminar la inteligencia... segundo para mover el corazón afín de que escuche con gusto la palabra de Dios... y tercero para que ame lo que las palabras expresan y quiera cumplirlo. Para realizarlo el Espíritu Santo se vale de la lengua del hombre como de un instrumento; pero es el Espíritu Santo mismo el que lleva a su perfeccionamiento la obra interior”*⁵⁰. *“Para el predicador —escribe el Beato Humberto— es mejor inflamar que instruir, pero para inflamar es necesario*

⁴⁹ *S. theol.*, II-II, q. 45, a. 3.

⁵⁰ *S. theol.*, II-II, q. 177, a. 1.

*estar ardiendo*⁵¹. La gracia de la predicación —continúa el mismo autor— es un don de Dios. El Espíritu Santo es el único maestro en el arte de predicar. Por lo cual, la principal preocupación del predicador ha de ser la de estar disponible a la acción del Espíritu Santo de manera que llegue a ser realmente *“la boca del Señor”*⁵².

El apóstol debe estar constantemente unido a Cristo como el sarmiento a la vid, de otra manera su acción será estéril (Jn 15, 5). La eficacia de la palabra del apóstol no depende de la elocuencia, ni de la sabiduría humana, sino de la fuerza del Espíritu que obra en él. *“Mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría humana, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder de Dios, para que vuestra fe se apoyara, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios”* (1 Cor 2, 4-5). Una fe basada en la sabiduría humana es como una construcción sin fundamento, como una casa construida sobre arena: basta un poco de viento y de lluvia para que todo se vaya al suelo.

El testimonio de una vida evangélica es para el apóstol un deber de coherencia, de correspondencia entre la doctrina que enseña y la práctica de la vida diaria. Su palabra suena hueca si no está ratificada por la verdad de la vida. La eficacia de su palabra y de su acción tendrá la misma medida de la verdad de la vida. *“El apóstol — escribe el Beato Humberto— debe predicar no sólo con la palabra, sino con las obras”*⁵³. Por esta razón advierte San Gregorio Magno: *“El que pretenda predicar la palabra de Dios, que primero examine atentamente su propia vida”*⁵⁴. *“Procurad adelantaros a los demás —exhorta el Beato Juan Teutónico— y difundid los rayos del buen ejemplo, que vuestras obras sean coherentes con la palabra y que cada uno se empeñe en trabajar y enseñar. En realidad, es más eficaz “la voz” de las obras que la voz de la boca... Permanece sin fruto la obra de aquel que tan solo ha aprendido a mover la lengua”*⁵⁵. Aquello de empeñarse en *“trabajar y enseñar”* alude al *“comenzó a obrar y a enseñar”*, del divino Maestro. *“Estad vigilantes —añade aún el Beato Juan Teutónico— vosotros que invitáis a la vigilancia; sed luminosos por la pureza y la santidad de vida, vosotros invitáis a la santidad; sed concordés en la fraternidad y conformes en todo a Cristo humilde y obediente, vosotros que queréis convencer a los demás de ser humildes y obedientes, a fin de que honréis con actos adecuados el sublime oficio de vuestra vocación”*⁵⁶

La perfecta correspondencia entre las palabras y la vida de los primeros frailes dominicos fue expresamente subrayada por los Pontífices. Los dominicos —dicen varios documentos pontificios del siglo XIII— enseñan con la palabra y con el ejemplo: *“igualmente con la palabra y el ejemplo”*. *“Los frailes predicadores —escribía Gregorio IX el 13 de junio de 1240— son poderosos con obras y con la palabra. Entre*

⁵¹ *De vita reg.*, I, p. 37.

⁵² *De vita regulari*, II, pp. 385, 393-394.

⁵³ *De vita reguñari*, II, p. 400.

⁵⁴ S. GREGORIO MAGNO. *Regula pastoralis* 3, 24.

⁵⁵ *Litterae Encyclicae*, cit., pp. 8-9.

⁵⁶ *Litterae Encyclicae*, cit., p. 11.

ellos la vida vivifica la doctrina y la doctrina informa la vida; se lee en su conducta aquello que enseñan en sus discursos”⁵⁷. “Vuestra Orden —escribía Alejandro IV el 21 de junio de 1255— es una generosa plantación que produce flores y frutos de profunda religión y santidad. Ella difunde desde lejos y por todas partes el perfume de una vida digna de alabanza”⁵⁸.

⁵⁷ *Bullarium OP*, I, p. 269.

⁵⁸ *Bullarium OP*, I, p. 269.

III

ASCETISMO DOMINICANO

1. Mortificación y contemplación

La acción apostólica del dominico es el fruto de una vida que se alimenta de la contemplación de Dios, primera verdad. Pero la contemplación de la verdad no es posible sin un adecuado ascetismo. La verdad es la conquista más alta y, por lo mismo, muy difícil y fatigosa. Lo cual es mucho más cierto cuando no se trata de una verdad cualquiera sino de la verdad divina, y cuando la verdad no es sólo luz de la inteligencia sino también forma de vida.

Para el apóstol la verdad no es sólo algo abstracto, es también estímulo para la acción, guía y, sobre todo, forma de vida. El dominico debe no sólo conocer la verdad, sino, además, poseerla y dejarse primero poseer por ella; debe dejarse guiar, como dócil instrumento, por su luz. Pero para que no se quede en simple abstracción y llegue a transformarse en vida, la verdad exige la purificación de todas las potencias, la purificación de todo el hombre. *“Si la sabiduría y la verdad —dice San Agustín— no son deseadas con todas las fuerzas del espíritu, no es posible conquistarlas plenamente”*⁵⁹.

El espíritu contemplativo necesita de una atmósfera propicia para poder desarrollarse. Contemplar es mirar con una mirada intensa y prolongada. Para el apóstol, contemplar es mirar con la mente centrada en Dios, una mirada que absorba todas las facultades y excluya cualquier distracción.

La contemplación es posible solamente para quien es dueño de todas sus energías, de su inteligencia, de su voluntad, de la fantasía, del sentimiento y de los sentidos. La sabiduría, raíz de la contemplación, requiere orden; orden en los pensamientos, en los sentimientos y en las acciones. A la contemplación no se llega sin una disciplina interior y un equilibrio de las facultades; no se alcanza sin una previa purificación de los sentidos, del corazón y del espíritu. Para poderse encontrar con Dios es necesario eliminar del corazón todo desorden y cualquier afecto incompatible con la Caridad.

La contemplación es unión y asimilación a Dios. Y no es posible adherirse a Dios y asimilarse a Él si la naturaleza, deformada por el pecado, no es antes reformada y purificada por la mortificación. Una vida ascética rigurosa aleja el alma de las cosas materiales, purifica el espíritu y los sentidos y crea aquella atmósfera de silencio interior que permite la “visión” de Dios.

⁵⁹ S. AGUSTÍN, *De praedicatione*, cap. II, n. 5.

Santo Domingo da un gran valor a la penitencia. Para él la penitencia es el arma para vencer las tentaciones y hacerse disponible a la acción de la gracia. Cuando escribe a las hermanas de Madrid, les exhorta insistentemente a la penitencia para vencer las tentaciones del mal: *“Combatid, hijas al antiguo adversario con la penitencia — escribe— puesto que no será coronado sino quien haya combatido con todas sus fuerzas... No os abstengáis de la penitencia —insiste—, ni de la vigilia ni de la oración”*⁶⁰. Del mismo parecer es el Beato Jordán de Sajonia: *“El alma —escribe— con la purificación de las tribulaciones se hace más limpia y más cauta contra las múltiples y continuas astucias del enemigo y, sobre todo más plena de la consolación divina. Buena y deseable es la aspereza de la tribulación porque ejercita la paciencia, examina la conciencia y da al atribulado la inteligencia de las cosas divinas”*⁶¹.

El Señor, después de haberle dicho a Santa Catalina que Domingo había hecho de la sabiduría el objetivo de su Orden, concluye: *“¿a cuál mesa ha invitado él a sus hijos para que se nutran de la luz de la sabiduría?... a la mesa de la cruz”*⁶²

“La contemplación —escribía el Padre Gillet— se asemeja a una ciudadela. No se puede penetrar sino después de haber abierto, con la mortificación, el camino que conduce a ella... ordinariamente sólo la mortificación, o sea, la purificación activa de los sentidos, permite al alma “ver a Dios”, contemplarlo. Sólo ella nos libera de nuestro “yo” y, más exactamente, de todo aquello que en nosotros es incompatible con la “visión y la experiencia de Dios”...

Un hijo de Santo Domingo que deliberadamente evitara la mortificación y... alimentara en su corazón el deseo de evadir la cruz para buscar la comodidad, y confundiera, en lo posible, la vida religiosa con la vida del mundo, se expondría a faltar a su vocación, puesto que se alejaría voluntariamente de la vía que conduce a la contemplación y por ella al apostolado.

*Podríamos decir que desde el más humilde de nuestros beatos hasta el más glorioso de nuestros santos todos fueron, sin excepción, grandes contemplativos e igualmente grandes amantes de la mortificación”*⁶³.

⁶⁰ Carta de S. Domingo a las monjas de Madrid, en *Archivum Fratrum Praedicatorum* LVI (1986), pp. 5-13.

⁶¹ IORDANIS A SAXONIA, *Epistulae*, Ed. A. Walz. MOPH, XXIII, Roma 1951, n. 16.

⁶² *Libro della divina dottrina* cit., c. 158.

⁶³ M.S. GILLET, *Carta sobre la espiritualidad dominicana*, Bolonia (1946), pp. 44, 47, 50.

2. Mortificación y acción apostólica

La mortificación, indispensable a todos los contemplativos, es con mayor razón necesaria a los apóstoles, o sea, a aquellos cuya contemplación desborda en acción apostólica. No se concibe una vida apostólica, y por tanto una vida dominicana, que no se alimente del espíritu de penitencia.

El apóstol debe enseñar *“con la palabra y el ejemplo”*; no sólo instruir sino también convencer y mover la voluntad al bien obrar. La sabiduría que el dominico quiere alcanzar y que debe predicar es la *“locura de la cruz”* (1Co 1, 17-18). ¿Cómo puede predicar la cruz, si él mismo no la acoge con la alegría? ¿Cómo puede predicar a Cristo crucificado, sin no vive en comunión con Él?

“Los que compiten —escribe San Pablo a los fieles de Corinto— se abstienen de todo; ellos para alcanzar una corona corruptible, mas nosotros por una incorruptible. Yo ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que castigo mi cuerpo y lo someto, no sea que habiendo predicado a los demás resulte yo mismo descalificado” (1Co 9,25-27). El dominico, si quiere ganar la batalla de la fe, y no sólo dar golpes en el vacío, debe ante todo vencerse a sí mismo.

Para el dominico la penitencia no es sólo una exigencia de testimonio cristiano, sino ante todo una exigencia de Caridad y justicia. Es exigencia de caridad para con Dios, que quiere que todos se salven, y para con los hermanos, que tienen necesidad de salvarse. De hecho, la salvación de los hombres es redención, y esta no se realiza sino en la cruz. La penitencia es también una exigencia de justicia y casi un deber profesional. En virtud de su propia vocación, el dominico tiene que ser un íntimo colaborador de Cristo, sacerdote y víctima. A ejemplo de Santo Domingo asume el *“oficio del Verbo”*. En virtud de su vocación el dominico ha aceptado a sus hermanos, pero los ha aceptado tal como son, con todas sus miserias; carga con sus culpas y se empeña en saldar sus deudas a semejanza de Cristo que llevó sobre sí los pecados de los hombres. Quien se compromete a seguir a Cristo no puede abandonar al Maestro al pie del Calvario; quien consagra su propia vida a la salvación de sus hermanos no puede negarse a llevar sus miserias, a cargar generosamente su cruz hasta la crucifixión. La vida del dominico sería una mentira si no estuviera animada por el espíritu de penitencia. La mortificación es la pena que él se impone para vindicar el derecho de Dios.

Santo Domingo, que amaba la mortificación y se regocijaba en las tribulaciones, no era un masoquista; era simplemente una persona consciente de su propia vocación y actuaba en coherencia con ella. El dominico no satisface los deberes de su propia vocación ni cumple su misión, si no es consciente de estar asociado a la pasión de Cristo. Cuando deja pasar por alto o elude la penitencia compromete la eficacia de su propia acción apostólica. *“Si el grano de trigo no muere, permanece infecundo; si muere dará mucho fruto”* (Jn 12, 24). En el plano sobrenatural la vida nace de la

muerte. La muerte es la condición para nacer a una nueva vida. Cristo ha escogido la muerte para dar vida a la humanidad. *“El Hijo del hombre ha venido para dar su vida en rescate por muchos”* (Mc 10, 45).

El discípulo de Cristo *“lleva siempre y en todas partes —como lo expresa San Pablo— la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en su cuerpo”* (2Co 4, 10). Los sufrimientos físicos y morales soportados por Cristo son la reproducción y la continuación de los sufrimientos y de la muerte de Jesús. Tanto es así que San Pablo podía decir: *“Me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia”* (Col 1, 24). El acto redentor de Cristo es perfecto, lo mismo que infinitos los méritos de su sangre derramada en la cruz. La pasión de Cristo no tiene necesidad de ser completada. Pero Cristo ha querido asociar a su sufrimiento a su cuerpo místico, la Iglesia. Pablo se alegra de sufrir como miembro de la Iglesia por la Iglesia. Mientras haya un solo pecador y mientras el plan de Dios no haya alcanzado a toda la creación, el cuerpo místico de Cristo continuará sufriendo. Con su sufrimiento el apóstol contribuye a la *“edificación del cuerpo de Cristo —como lo dice San Pablo— y a realizar la plenitud de Cristo”* (Ef 4, 12-13).

3. El espíritu de la penitencia de Santo Domingo

Santo Domingo tiene conciencia de llevar sobre sí los pecados de los hombres. Esta conciencia lo impulsa a imponerse severas penitencias y a aceptar paciente y con alegría las humillaciones y las persecuciones de los herejes.

Los herejes a menudo lo ridiculizan. *“Le escupían —escribe Pedro Ferrando— y le arrojaban barro y otras suciedades”*. Santo Domingo soportaba todo esto con tal paciencia que los herejes, impresionados por su virtud, a menudo, se convertían⁶⁴.

Domingo consideraba *“plena alegría”* el poder sufrir toda clase de tribulaciones y de humillaciones por amor de Cristo, convencido de que las pruebas soportadas con paciencia fecundan la actividad apostólica y llevan al cumplimiento la obra de Dios (Sant 1, 2-4). *“Domingo —dice un testigo en el proceso de Tolosa— soportaba pacientemente y con alegría las maldiciones, los vituperios y las palabras injuriosas como si se tratara de un don y de una gran recompensa. En la persecución no se alteraba jamás, sino que tranquilo e impasible afrontaba a menudo el peligro sin dejarse jamás desviar de su camino por miedo”*⁶⁵.

⁶⁴ PETRI FERRANDI O.P., *Leyenda*, MOPH XVI, Roma (1935), n. 20.

⁶⁵ Acta canoniz. , T., n. 18.

Otros testimonios en el proceso de canonización reafirman: *"Si alguna vez la comida o la bebida dejaba qué desear, parecía alegrarse"*⁶⁶. *"Era paciente y se regocijaba en las tribulaciones... Vi cómo se alegraba en los momentos de angustias y penuria de alimentos y vestidos, de los cuales él y sus hermanos estaban necesitados por aquel entonces"*⁶⁷.

Domingo no sólo soportaba la tribulación sino que también la buscaba. Un día le preguntaron por qué no prefería permanecer en Tolosa, en su diócesis, en vez de la ciudad y diócesis de Carasona. *"Porque -respondió- en la diócesis de Tolosa hay muchas personas que me reverencian, mientras que en Carasona todos me son hostiles"*⁶⁸. *"Si era traído mal -dice Fray Bonviso de Piacenza-daba mayores muestras de alegría que si hubiese sido tratado bien"*. Cuando estaba enfermo *"se alegraba de sus males, según la costumbre que tenía de alegrarse más en las tribulaciones que en la prosperidad"*⁶⁹.

A los sacrificios impuestos por la fatiga del ministerio y a las tribulaciones causadas por los herejes, Domingo añadía no pocas penitencias. En las noches de desvelo, durante la oración, al pie del altar, con frecuencia se disciplinaba fuertemente. *"Castigaba su cuerpo con mayores y más frecuentes disciplinas -dice Fray Juan de España-. Se hacía disciplinar o se disciplinaba por sí mismo con una cadena de hierro de tres ramales"*⁷⁰. *"Por su propia mano sedaba la disciplina con una cadena de hierro tres veces en la noche: la primera por sí mismo, la segunda por los pecadores que viven en el mundo y la tercera por los que sufren en el purgatorio"*⁷¹. *"Santo Domingo llevaba siempre sobre su cuerpo y alrededor de su cintura un cilicio... y lo llevó hasta la muerte. Después de la muerte lo encontraron "ceñido aún por aquel cilicio"*⁷².

Domingo deseó ardientemente el martirio para ser útil a la salvación de sus hermanos. Fray Juan de España oyó de boca del mismo Domingo que *"deseaba ser flagelado y morir despedazado por la fe de Cristo"*⁷³. Una vez, amenazado de muerte, dijo: *"no soy digno de la gloria del martirio; aún no tengo méritos para una muerte tal"*. Otra vez, cuando pasaba por un lugar en el cual se sospechaba que los herejes podrían tenderle una emboscada, pasó por allí gozoso cantando. Cuando este episodio les fue referido a los herejes, estos preguntaron: *¿Acaso no le tienes miedo a la muerte? ¿Qué hubieras hecho si te hubiéramos apresado?* A lo cual respondió: *"os hubiera rogado que no me matarais de un solo golpe mortal, sino que hicierais prolongar mi martirio mutilando progresivamente mis miembros. Luego os hubiera rogado que pusierais ante mis ojos las partes amputadas, arrancarais también mis ojos y dejaras*

66 Acta canoniz., B., n. 4.

67 Acta canoniz., B., n. 39; y cfr. nn. 41, 48.

68 CONST. ORVIETO, Legenda, n. 62.

69 Acta canoniz., B., n. 22.

70 Acta canoniz., B., n. 25.

71 CONST. ORVIETO, Legenda, n. 61.

72 Acta canoniz., B., n. 31.

73 Acta canoniz., B., n.29.

así mi tronco bañado en su sangre, acabando con todo, para que el martirio prolongado me alcanzase así mayor gloria"⁷⁴.

Un modo peculiar que Domingo tenía de hacer penitencia era el de no dormir en la cama. Fray Juan de España nos cuenta que no tuvo jamás *"para dormir una celda propia como los demás frailes"*⁷⁵. Ya desde niño había tenido la costumbre de abandonar el lecho y dormir en el suelo. *"Siendo todavía niño, cuando aún no se había sustraído a los cuidados de la nodriza, se descubrió varias veces que abandonaba el lecho -escribe Pedro Ferrando- como si despreciara ya los halagos de la carne y prefiriera más dormir en el suelo que entregarse al descanso en un lecho demasiado muelle. Desde entonces tuvo la costumbre de dormir frecuentemente en el suelo, dejando la molicie del lecho"*⁷⁶.

Esta costumbre aparece ratificada por el Beato Jordán y por varios testigos en el proceso de canonización de Bolonia y Tolosa. *"Tenía la costumbre -escribe el Beato Jordán- de pasar muy a menudo la noche en la Iglesia, hasta el punto que se llegó a pensar que jamás o raramente hubiese utilizado el lecho para dormir"*⁷⁷. Fray Guillermo confirma *"no haberlo visto dormir nunca sobre colchón alguno, sino por tierra, sobre algunas tablas o sobre un poco de paja..."*⁷⁸. Y Fray Bonviso: *"Queriendo saber dónde dormía, no le fue posible descubrir un lugar habitual de descanso... porque algunas veces lo había encontrado durmiendo sobre alguna banca o en el suelo y otras veces apoyado en una silla o en un catre "*⁷⁹.

Domingo evitaba también la cama con colchón: *"No recuerdo haberlo visto dormir nunca en la cama -dice Fray Esteban de España-. Él había preparado un sitio para dormir con una simple cobija tendida sobre el lecho, desprovisto de colchón o de paja; pero el testigo no recuerda haberlo visto nunca en el lecho, a pesar de que había vivido mucho tiempo con él en el convento y que frecuentemente lo espiaba para ver si dormía o no en el lecho "*⁸⁰.

Este extraño modo de descansar... en realidad no le proporcionaba reposo suficiente, por esta razón a menudo se dormía en la mesa. *"Debido a las muchas vigiliass y noches pasadas en oración, frecuentemente le cogía el sueño en la mesa"*⁸¹.

Ni siquiera durante los largos y fatigosos viajes se permitía el lujo de un lecho. Fray Pablo de Venecia cuenta que durante los viajes hechos en su *compañía "nunca lo vio acostarse en un lecho; se tendía sobre un poco de paja, y esto sólo algunas veces"*⁸². Fray Frugerio de Penna cuenta que *"tanto cuando iba de viaje como cuando permanecía*

⁷⁴ Libellus, n. 34.

⁷⁵ Acta canoniz. , B., n. 28

⁷⁶ P. FERRANDI, Leg. , n. 5.

⁷⁷ Libellus, n. 106.

⁷⁸ Acta canoniz. , B., n. 13.

⁷⁹ Acta canoniz. , B., n. 20.

⁸⁰ Acta canoniz. , B., n. 37.

⁸¹ Acta canoniz. , B., n. 31.

⁸² Acta canoniz. , B., n. 42; cfr. n. 3.

*en el convento, no pudo saber jamás que durmiera en cama, aunque alguna vez se la preparasen... Cuando le cogía el sueño reclinaba la cabeza sobre su pecho o dormía en el suelo o encima de alguna tabla*⁸³.

Rehuía casi instintivamente la comodidad del lecho. Una señora que lo tuvo muchas veces como huésped, Guillermina Martini, refiere en el proceso de Tolosa que *"siendo atormentado con mucha frecuencia por gravísimos dolores, cuando los circunstantes lo colocaban en el lecho, él al instante se acostaba en el suelo porque no tenía la costumbre de acostarse en la cama"*⁸⁴. *"Sólo cuando murió -dice Fray Rodolfo- yacía sobre un jergón"*⁸⁵.

Domingo, que había deseado el martirio para la salvación de sus hermanos y que se hallaba dispuesto a derramar su propia sangre por el bien de las almas, no habiendo alcanzado este privilegio, se impuso un martirio cotidiano: el martirio hecho de pobreza absoluta, de abstinencia, de ayunos, de fuertes disciplinas, de la burla de parte de los herejes, de mortificaciones, de un trabajo agotador que a menudo lo hacía caer extenuado a los pies del altar.

4. La mortificación dominicana

El ejemplo de Santo Domingo no debe causarnos espanto. El ascetismo dominicano no exige necesariamente grandes mortificaciones externas, personales o colectivas, pero impone una mortificación interior y universal, que consiste en la práctica continua de las virtudes morales bajo el impulso de la caridad. Entre las diversas formas de mortificación que favorecen la contemplación, la más segura y frecuente es la práctica de las virtudes morales. Todo acto de virtud expresa siempre el sacrificio de la propia voluntad a la voluntad divina.

*"Nadie puede asumir el oficio de la predicación -escribe Santo Tomás- si antes no es purificado y perfeccionado en la virtud"*⁸⁶. Santo Tomás habla de una purificación previa y dispositiva para la contemplación, que consiste en la purificación de la voluntad de los afectos desordenados, mediante el ejercicio de la virtud⁸⁷. Las virtudes morales disponen directamente a la vida contemplativa porque *"frenan la vehemencia de las pasiones que atraen al alma hacia las cosas sensibles, alejándolas de las espirituales"*⁸⁸.

⁸³ Acta canoniz., B., n. 46.

⁸⁴ Acta canoniz., T., n. 15.

⁸⁵ Acta canoniz., B., n. 33.

⁸⁶ S. theol. IE, q. 41, a. 3 ad. 1.

⁸⁷ S. theol. II-II, q. 8, a. 7.

⁸⁸ S. theol. II-II, q. 180, a. 2.

El dominico puede ser dispensado de algunas observancias y de algunas penitencias, por motivos de salud y de ministerio, al menos temporalmente, pero jamás podrá estar dispensado de la práctica de las virtudes morales. *"En las penitencias - escribe el Beato Jordán a las hermanas del monasterio de Santa Inés de Bolonia- es fácil excederse, lo cual no sucede en el ejercicio de la virtud. Se puede exagerar en las vigiliias, en las abstinencias, pero jamás se podrá alcanzar la justa medida en las virtudes como la humildad, la paciencia, la benignidad, la obediencia, la caridad y la modestia. Por eso os exhorto a progresar en estas virtudes. Esforzaos - escribe- por adquirir estas virtudes, porque la 'piedad' (es decir, el conjunto de deberes religiosos y morales) es útil a todo el mundo, lo que no sucede con la mortificación del cuerpo. El amor a Dios no aumenta en la mortificación de la carne, sino en los santos deseos, en las piadosas meditaciones y en el crecimiento de la caridad fraterna"*⁸⁹.

*"Las obras santas y agradables que yo pido a mis siervos -dice el Señor a Santa Catalina- son las virtudes, interiorizadas y vividas hasta la prueba por parte del alma... y no solamente obras corporales, actos externos, penitencias múltiples y variadas, las cuales no son sino instrumentos de la virtud. Si estos actos externos estuvieran de hecho separados de la virtud, me serían poco gratos. Si, por ejemplo, el alma cumplierse estas penitencias sin discernimiento, apegándose principalmente a la penitencia en sí misma, encontraría en esto un obstáculo a la perfección... Nadie crea que porque se aplica con ardor a mortificar su propio cuerpo con grandes penitencias es mucho más perfecto que aquel que no lo hace, ya que... la virtud y el mérito no se hallan en la misma penitencia"*⁹⁰.

La austeridad propia de la vida religiosa y las eventuales mortificaciones personales son medios eficaces con relación a la mortificación interior y a la práctica de las virtudes morales. El espíritu de penitencia y la disponibilidad para la mortificación acompañan al dominico en todos los actos de la vida religiosa. Siempre tiene presente el deber de pagar por los demás. *"Pensad en la gran dignidad del estado al que habéis sido llamados -escribe el Beato Humberto- y cumplid con todo lo que es propio de tal estado. Aceptad la vida como una penitencia permanente"*⁹¹.

El trabajo de cada día, realizado con generosidad, debe ser vivido por el dominico con espíritu de penitencia. La práctica de las pequeñas renunciias, desconocidas por los demás, pero que exigen un constante esfuerzo, por su continuidad son un ejercicio ascético que purifica el corazón, y, sobre todo, acerca al religioso a Cristo crucificado, en comunión con Él en el ofrecimiento total de sí mismo al Padre.

El dominico, consciente de su propia vocación, acoge con alegría, a ejemplo de Santo Domingo, todas las ocasiones de sufrimiento que le ofrece la vida religiosa y ejercita generosamente todas las virtudes morales. Está siempre con Cristo, que quiso

⁸⁹ B. JORDÁN DE SAJONIA, Cartas, MOPH, XXII, Roma 1951, nn. 11, 27, 39.

⁹⁰ Diálogo cit., ce. 11, 104.

⁹¹ De vita reg. I, p. 36.

culminar su misión terrena en el Calvario, y ofrece sus propios sufrimientos por sus hermanos, tanto por aquellos con quienes ya ha entrado en contacto mediante su ministerio, como por aquellos que luego encontrará. El dominico está siempre con Cristo en todos los momentos de la jornada, en los momentos placenteros y en los menos agradables. Especialmente cuando siente la necesidad de luchar consigo mismo, contra su propio carácter y su propio orgullo; cuando se halla enfrentado al ambiente externo, con sus superiores, con sus hermanos; cuando en una palabra, siente el peso de su propio deber, entonces debe pensar que Cristo quiso asociarlo a sus sufrimientos, y que sólo así podrá estar en perfecta sintonía con Cristo, quien se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de Cruz, y responderá plenamente a su propia vocación de apóstol.

IV

LAS OBSERVANCIAS REGULARES

1. Las observancias en la vida dominicana

La vida del dominico, contemplativo y apóstol, se realiza concretamente mediante las observancias regulares. Convencido del gran valor de las observancias regulares para la vida contemplativa y apostólica del fraile predicador. Domingo escoge entre las diversas observancias entonces en uso en las órdenes religiosas, aquellas de los Premostratenses que *"eran las más rígidas"*⁹². A las ya rígidas observancias él añade el estudio y el trabajo apostólico, como observancias propias de su Orden.

Las observancias regulares, según el *"Libro de las Constituciones"*, son la *"vida común, la celebración de la liturgia, la observancia de los votos, el estudio asiduo de la verdad sagrada y el ministerio apostólico"*. Y como una ayuda al cumplimiento de estos deberes, *"la clausura, el silencio, el hábito y las demás obras de penitencia"*⁹³.

En la Orden dominicana, la vida regular, las observancias y en general la austeridad de la vida religiosa están ordenadas a favorecer el espíritu de contemplación y a formar al apóstol. Tienen la función de purificar el corazón y hacer el alma plenamente disponible a las inspiraciones del Espíritu y a la acción de la gracia, y, por lo mismo, capaces de *"ver"* a Dios y de comunicar la verdad y la salvación a los hermanos.

Ciertas prácticas ascéticas que, vistas superficialmente, pueden parecer incompatibles con la empresa y las fatigas de la vida apostólica, fueron sugeridas a Santo Domingo por la preocupación de que el predicador fuera también un testigo auténtico de la vida evangélica. Las observancias regulares favorecen el ejercicio de las virtudes morales. *"La belleza de la virtud -escribe el Beato Humberto- resplandece particularmente en las observancias regulares, que no son otra cosa que las mismas obras de las distintas virtudes... El amor a la virtud hace que cada uno se empeñe con diligencia en la observancia de todo aquello que a ella se refiere"*⁹⁴.

La observancia de la regla es siempre un acto de obediencia y una penitencia general que acompaña al dominico en todos los momentos de su jornada⁹⁵.

⁹² Libellus, n. 42; cfr. De vita reg. II, pp. 2-3.

⁹³ Lib. Constit. et Ord. Fratrum Praed. cit., n. 40.

⁹⁴ De vita reg. I, p. 600.

⁹⁵ Liber Consta, et Ord. Fratrum Praed. cit, n. 52, II.

Puesto que la austeridad de algunas observancias regulares podría obstaculizar el trabajo apostólico, Domingo quiso que en las Constituciones fuera introducida la norma de la dispensa. Los superiores tienen la facultad de dispensar, de vez en cuando, a sus religiosos de aquellas observancias que puedan impedir el cumplimiento de otros deberes y particularmente el deber *del "estudio, de la predicación y la dedicación a la salvación de las almas"*⁹⁶.

En la Orden la ley de la dispensa es un elemento de equilibrio que concilia la austeridad de la Regla con las exigencias de la vida apostólica. Ella le permite al fraile predicador *"ponerse al día"*, rápidamente, es decir, adaptarse a las nuevas exigencias del apostolado, permaneciendo fiel al espíritu de la Orden. La dispensa es así el respiro de la ley, una válvula de seguridad, que permite superar con coherencia la eventual incompatibilidad que puede surgir momentáneamente de los distintos deberes de la vida religiosa.

La razón última de la norma de la dispensa es siempre la *"caridad de la verdad"*. Puesto que todo es relativo en confrontación con la caridad, todo debe estar subordinado a ella y, por tanto, *"al bien de las almas, al estudio y a la predicación"*, que precisamente realizan, en nuestra Orden, la *"caridad de la verdad"*.

Santo Domingo se preocupó de guardar la austeridad de la Regla: la abstinencia, los ayunos, el silencio. Ya desde cuando era canónigo en Osma se había propuesto no volver a comer carne⁹⁷. *"El observaba escrupulosamente -dicen los testigos en el proceso de canonización- la regla y las costumbres de la Orden... en cuanto al vestido, al alimento, a la bebida, a los ayunos y a todo lo demás"; "era parco en el comer y en el beber... observaba estrictamente la regla en todos sus puntos"*⁹⁸.

La Regla preveía que durante los viajes los frailes estuvieran dispensados de los ayunos. En aquella época los viajes eran fatigosos y frecuentemente se viajaba a pie. Se comprende lo oportuno de la norma de dispensar de los ayunos a los hermanos que se encontraban de viaje. Domingo, que había querido esta norma, no usó jamás de la dispensa. *"Aun cuando estaba de viaje -cuenta Fray Ventura de Verona- guardaba ayuno continuo desde la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz hasta la Pascua, e igualmente durante el verano ayunaba todos los días prescritos por la Iglesia y todos los viernes. Cuando viajaba comía resignadamente lo que le daban, excepto la carne"*⁹⁹.

También los enfermos estaban dispensados de ciertas austeridades de la Regla. Sin embargo, Domingo no usó nunca de esta dispensa y se sometió siempre a todos los rigores de la Regla. *"Solía dispensar fácilmente a los demás -anota Fray Guillermo-*

⁹⁶ Constit. ant., Prologus.

⁹⁷ Acta canoniz., T., n. 5.

⁹⁸ Acta canoniz., B., nn. 28, 31.

⁹⁹ Acta canoniz., B., n. 4.

pero no se dispensaba jamás a sí mismo. Observaba todos los ayunos establecidos por la Regla, así estuviese aliviado o enfermo"¹⁰⁰.

2. Oración comunitaria y personal

Entre las observancias regulares la principal es, ciertamente la oración: la oración comunitaria y la oración personal.

Santo Domingo, extraordinario hombre de acción (predicador, viajero, organizador), es recordado por sus compañeros, especialmente, como hombre de oración. No sabemos cómo hacía; pero sabemos que después de una jornada de intenso trabajo, Domingo pasaba las noches en oración. El encuentro con Dios, en la oración personal y en la oración comunitaria, era su reposo habitual. La oración era para él contemplación de los misterios de Dios, de donde alcanzaba el celo ardiente por la salvación de los hermanos y la fuerza para las fatigas del apostolado. *"Tenía la costumbre -escribe el Beato Jordán- de pasar las noches en oración"; "de noche nadie era más asiduo que él en la vigilia y en la oración... El día lo dedicaba al prójimo y la noche a Dios"; "pasaba, pues, la noche en oración, perseverando en las vigilias todo el tiempo que podía resistir su frágil cuerpo. Y cuando venía el desfallecimiento y el espíritu cansado reclamaba el sueño, entonces descansaba un poco, apoyando la cabeza sobre el altar... Cuando se despertaba reiniciaba su fervorosa oración"*¹⁰¹.

Lo mismo repiten unánimemente los testigos en el proceso de canonización: *"Fray Domingo -dice Fray Bonviso de Piacenza-tenía la costumbre de quedarse en la Iglesia para orar, cuando los frailes salían del coro después de completas para ir a dormir"*¹⁰². *"Él -atestigua Fray Amiso de Milán- era asiduo en la oración tanto de día, cuando le quedaba tiempo, como de noche"*¹⁰³.

Después de haber pasado la noche en oración Domingo, en la mañana se unía a la comunidad para la recitación y el canto de maitines. *"Se dedicaba a la oración con asiduidad y devoción, más que cualquier otro que yo hubiera conocido -atestigua Fray Esteban de España-. Tenía la costumbre, después de Completas y de la oración comunitaria..., de permanecer en la Iglesia orando... Frecuentemente pasaba la noche en oración hasta el amanecer, y a pesar de ello, durante el oficio de maitines permanecía de pies, pasando de una parte a otra del coro para corregir y exhortar a los hermanos a cantar varonilmente y con devoción"*¹⁰⁴.

¹⁰⁰ Acta canoniz-, B., n. 12.

¹⁰¹ Libellus, nn. 13, 105, 106.

¹⁰² Acta canoniz. , B., n. 20.

¹⁰³ Canoniz. , B., n. 18. Acta

¹⁰⁴ Canoniz. , B., n. 37.

Igualmente durante los viajes Domingo no dejaba de orar y meditar. *"Mientras caminaba -cuenta Fray Ventura- siempre quería discutir o hablar acerca de Dios, leer o rezar... Y en el lugar donde le daban hospedaje, si había allí una Iglesia, se iba siempre a rezar en ella"*¹⁰⁵. *"Siempre que viajamos juntos -dice Fray Pablo de Venecia- lo veía orar, predicar o dedicarse a la meditación"*¹⁰⁶.

Era tan intenso su fervor que durante la oración, a menudo, prorrumpía en lágrimas. Las lágrimas que brotan de la conciencia sobre la presencia del pecado en el mundo. *"Donde abunda la sabiduría, abundan las penas, y quien acumula ciencia, acumula dolor"* (Eclesiastés 1, 18). *"La ciencia -dice Santo Tomás- mueve al llanto, al conocer el hombre sus propios defectos y los de las cosas mundanas"*¹⁰⁷. Domingo sufría por la triste condición de los pecadores y de los afligidos y lloraba, invocando la misericordia del Señor. *"Dios le había otorgado -dice el Beato Jordán- la singular gracia de llorar por los pecadores, por los desgraciados y por los afligidos, cuyas desventuras llevaba como una carga en lo íntimo de su corazón"*¹⁰⁸. *"Con mucha frecuencia -dice Fray Ventura- pasaba en oración toda la noche y, mientras oraba, derramaba muchas lágrimas"*¹⁰⁹. *"Fray Domingo -atestigua Fray Rodolfo- tenía costumbre de pernoctar con mucha frecuencia en la Iglesia y rezaba mucho, y orando derramaba muchas lágrimas y gemidos"*¹¹⁰. *"Señor -decía en su oración-, ten piedad de tu pueblo. ¿Qué será de los pecadores? Y así transcurría toda la noche, sin dormir, gimiendo y lamentándose en alta voz por los pecados de los hombres"*¹¹¹. Por el mismo motivo Domingo exhortaba a los jóvenes a llorar: *"Si no podéis llorar vuestros pecados, porque no los tenéis, -decía- pensad en el gran número de pecadores que pueden ser conducidos a la misericordia y a la caridad. Fue por ellos que Jesús, al verlos, lloró amargamente"*¹¹².

La participación de Domingo en las celebraciones litúrgicas es muy activa. Vive intensamente el sacrificio eucarístico, participando con todo su corazón en los sufrimientos de Cristo. Tiene conciencia de estar colaborando con Cristo en el misterio de la salvación de los hermanos y ora y sufre con Él por los pecadores. *"Cuando cantaba la misa -dice Fray Ventura- derramaba muchas lágrimas"*¹¹³. *"Lo vi muchas veces -dice Fray Esteban de España- celebrar la misa y siempre, durante el canon, sus ojos y sus mejillas se llenaban de lágrimas. Y celebraba con tanta devoción y con tal unción recitaba el Padrenuestro que los presentes podían advertir su gran piedad. No*

¹⁰⁵ Acta canoniz. , B., n. 3.

¹⁰⁶ Acta canoniz. , B., n. 17.

¹⁰⁷ S. theol. , I-II, q. 69, a. 3, ad. 3.

¹⁰⁸ Libellus, n. 12.

¹⁰⁹ Acta canoniz. , B., n. 6.

¹¹⁰ Acta canoniz. , B., n. 31.

¹¹¹ Acta canoniz. , T., n. 18.

¹¹² Los nueve modos de orar de S. Domingo, Códice Rosano, s. XIII, Bibl. Vatic.

¹¹³ Acta canoniz. , B., n. 3.

*recuerdo haberlo visto jamás celebrar la misa sin que se conmoviese hasta derramar lágrimas*¹¹⁴.

Para todo dominico, como lo fue para Santo Domingo, la celebración litúrgica, la meditación y la oración personal son momentos privilegiados de su intensa comunión con Dios. La oración, al poner el alma en íntima relación con Dios, la dispone a la contemplación. En la oración la verdad se concretiza y se hace vida; la palabra adquiere energía y poder de irradiación.

El dominico participa y contempla, sobre todo en la celebración eucarística, el misterio de la salvación que debe anunciar a sus hermanos¹¹⁵. Unido a Cristo en la celebración eucarística, se ofrece al Padre por la salvación de los hermanos.

La celebración de la liturgia de las horas constituye una magnífica introducción a la contemplación. Los textos de la Sagrada Escritura, y en particular los salmos, invitan a considerar la misericordia infinita de Dios, su bondad y su justicia, el amor por su pueblo y su omnipotencia, a la que rinden homenaje todas las creaturas. *"El salterio - escribe el Beato Humberto- contiene toda la teología; allí se describen los premios de los buenos, las penas de los cautivos, el progreso espiritual de quien se halla en el camino de Dios, la vida activa y contemplativa; se habla de las cosas de las que priva el pecado y de las cosas que restituye la penitencia; cuáles son las súplicas del pecador sinceramente arrepentido... Nada hay en los salmos que no sea plegaria y alabanza de Dios... El canto de los salmos eleva la mente, suscita afectos saludables y enseña el modo digno de alabar a Dios"*¹¹⁶.

"El oficio coral - escribe el Beato Humberto- ablanda la dureza del corazón, levanta la mente a Dios, aleja la tristeza y prepara las sendas del corazón para acoger las múltiples gracias del Señor". Sin embargo, para que se puedan recoger estos frutos saludables, es necesario que el oficio se recite *"no por costumbre, sino con inteligencia, con afecto, con alegría y perfección, con humildad y espontaneidad"*¹¹⁷.

La liturgia de las horas deberá recitarse sin pesada lentitud, *"breviter et succinte"*, dicen las primeras Constituciones¹¹⁸. Pero tampoco hay que exagerar la prisa. Cuando Santo Domingo y sus primeros compañeros insertaron aquel texto en las primeras Constituciones, tenía presente las solemnes celebraciones litúrgicas, propias de las órdenes monásticas. Aquellas no estaban destinadas a una orden apostólica. Pero la recitación del Oficio Divino en la Orden dominicana deberá desarrollarse -amonesta el Beato Humberto- con las debidas pausas y sin confusión. No se puede estar somnoliento

¹¹⁴ Acta canoniz. , B., n. 38; cfr. nn. 21, 46.

¹¹⁵ Lib. Const. Ord. , n. 57.

¹¹⁶ De vita reg. , II, pp. 99-100.

¹¹⁷ De vita reg. , II, pp. 83-84, 87.

¹¹⁸ Const, antiq. , I, c. 4.

ni comerse las palabras, ni precipitarse; todo deberá desarrollarse *"disciplinadamente, con el modo adecuado, con alegría"* y *"varonilmente"*¹¹⁹.

En la recitación coral no se ha de descuidar el canto. En efecto el canto -dice Santo Tomás- acrecienta la devoción porque permite una más prolongada reflexión sobre la verdad que la liturgia ofrece a la meditación¹²⁰.

Es tal el valor del oficio divino en la vida del dominico que aunque, por necesidad apostólica se vea obligado a recitarlo fuera del coro, deberá recitarlo -como escribe el Beato Humberto- *"siempre de una manera religiosa y digna"*, a fin de que no se pierda su valor y eficacia ni se convierta en una ofensa en vez de ser una alabanza al Creador. Para el Beato Humberto una celebración *"digna"* significa una recitación *"decorosa"* que se realiza de una *"manera clara y distinta, no entre los dientes ni precipitadamente, sino con las pausas correspondientes, con atención y devoción"*¹²¹. La oración vocal deberá ir siempre acompañada de la devoción del corazón. *"Es inútil - escribe Santo Tomás- la alabanza de los labios si no está acompañada de la alabanza del corazón"*¹²².

Para el dominico la meditación es una contemplación afectiva que enriquece la contemplación intelectual y dispone a la contemplación infusa. En la meditación, con el ejercicio de una fe viva, la verdad abstracta de la pura especulación teológica llega a transformarse en verdad concreta.

El Beato Jordán, en sus cartas a la bienaventurada Diana, recomienda vivamente la meditación y señala al Verbo encarnado como su objeto principal. Exhorta a la bienaventurada Diana y a las hermanas de su comunidad a dirigir su alma a Cristo crucificado que es *"palabra de salvación y de gracia, palabra de dulzura y de gloria, palabra buena y suave"*. *"Esta palabra, que es Jesús, -añade el Beato Jordán- léela en tu corazón, méditala con la mente, y que sea dulce a tus labios como la miel. Piensa y medita en ella; permanezca en ti y esté siempre contigo"*¹²³.

También el Beato Juan Teutónico recomienda vivamente a los religiosos la meditación: *"Prestad atención a la Sagrada Escritura, -escribe- la auténtica ley del Señor, que convierte el alma. Penetradla con la meditación y de la meditación pasad a las obras"*¹²⁴.

El contacto con Dios en la meditación -escribe el Beato Humberto- produce siempre muchos frutos saludables. En la meditación consideramos los diferentes atributos de Dios. Según el atributo que, de cuando en cuando, es particularmente objeto de meditación, va surgiendo en el alma *"el temor de Dios, la esperanza, el amor, la*

¹¹⁹ De vita reg. II, pp. 102, 105.

¹²⁰ S. theol. II-II, q. 91, a. 2.

¹²¹ De vita reg. II, pp. 106-108.

¹²² S. theol. II-II, q. 91, a. 1, ad. 2.

¹²³ Cartas del B. Jordán, n. 41.

¹²⁴ Cartas encíc. MM.O., cit. p. 11.

gratitud, el deseo de las buenas obras...". Además, la meditación "ejercita el espíritu, purifica el alma, inflama el corazón, somete las pasiones, confiere innumerables bienes a la misma vida humana". Citando luego a San Bernardo, afirma que la meditación "purifica la mente, gobierna los afectos, guía los actos, corrige los excesos, da rectitud ala vida, orienta en la incertidumbre y profundiza en la verdad... En los momentos de alegría ignora la posible adversidad y en la adversidad soporta todo con fortaleza"¹²⁵.

El oficio coral, la meditación y la oración personal son, en la vida del dominico, los momentos principales de su coloquio con Dios. Pero este, sin embargo, no puede limitarse a estos momentos, sino que debe abarcar toda su vida.

La meditación regulada por el toque de la campana no pertenece a la tradición dominicana. La reglamentación de la meditación a una determinada hora fue introducida muy tardíamente en la Orden de Santo Domingo, y ciertamente a causa del enfriamiento del fervor primitivo.

Ciertamente la oración comunitaria tiene que ser regulada con un horario preciso. Pero, ¡cuidado! Toda reglamentación de la vida de oración trae consigo no pocos peligros. La reglamentación puede generar una especie de costumbre, puede llevar al formalismo y, sobre todo, puede hacer pensar que la oración o la contemplación dominicana se halla reducida a algunas horas de la jornada.

Toda la vida del dominico es oración y contemplación. Puede haber momentos en que la contemplación sea menos intensa, pero nunca que ésta llegue a cesar. En la vida del dominico el estudio, el trabajo diario, la actividad apostólica no apartan jamás de la comunión con Dios. Las actividades del dominico pueden ser diversas, pero todas se asemejan, todas llevan el sello de la consagración y de la contemplación.

3. Devociones particulares

Las devociones particulares del dominico también reflejan su inquietud apostólica. Las plegarias de los primeros frailes predicadores son dirigidas particularmente a Cristo Salvador y a María, madre de gracia y de misericordia.

Las primeras Constituciones definen a los frailes predicadores como "*varones evangélicos que siguen las huellas del Salvador*"¹²⁶. El modelo escogido por Domingo y sus primeros compañeros es Cristo Redentor. Ellos quieren seguir las huellas del Salvador y a Él se vuelven llenos de confianza en sus plegarias. Domingo solía exhortar a sus compañeros a "*pensar en el Salvador*"¹²⁷. En sus oraciones nocturnas invoca con

¹²⁵ De vita reg. , II, pp. 87-90.

¹²⁶ Constit. ant. , I, c. 31.

¹²⁷ Acta canoniz. , B., n. 41.

insistencia la misericordia del Salvador por los pecadores, y para mejor sentirse unido a Cristo Redentor se flagela, a menudo, hasta derramar sangre. En sus viajes -dicen sus contemporáneos- frecuentemente cantaba el himno de Completas del tiempo pascual "*Jesús, nuestra redención*", que proclama las alabanzas de Cristo Redentor¹²⁸.

El Beato Reginaldo de Orleans, el más elocuente predicador entre los primeros compañeros de Santo Domingo, ha sido llamado "el predicador de Cristo crucificado"¹²⁹.

La correspondencia del Beato Jordán con la bienaventurada Diana de Ándalo tiene como tema central a Cristo Redentor. Frecuentemente hace referencia a la misericordia divina¹³⁰. El Beato Humberto propone a Cristo Crucificado como objeto particular de la meditación del fraile predicador¹³¹.

En todas las celdas de los primeros frailes encontramos la imagen del Crucificado considerado como "*el libro de la vida y del amor de Dios*"; a El "*vuelven su mirada con gran devoción*" los religiosos¹³². Uno de los primeros frailes, meditando en la Pasión del Salvador, ve impresas en su cuerpo las llagas del Crucificado¹³³. Finalmente, en el Crucificado fijan intensamente su mirada los religiosos en los últimos momentos de su vida¹³⁴.

La devoción del fraile predicador a Cristo Redentor se manifiesta principalmente en la devoción a Cristo Eucaristía. En al Eucaristía el Salvador está realmente presente, en el sacrificio del altar renueva su propia inmolación por la salvación de los hombres. Por esto la devoción eucarística es un elemento esencial de la espiritualidad dominicana. Esto explica por qué la devoción a la Eucaristía ha permanecido siempre viva en la Orden dominicana. Sabemos que era costumbre de Santo Domingo pasar la noche a los pies del altar, en presencia de Cristo Eucaristía, y que se conmovía hasta las lágrimas durante la celebración del sacrificio eucarístico. La Eucaristía era quizá aquel "*libro de la caridad*", en el cual dijo "*haber aprendido todo lo que sabía*"¹³⁵.

A ejemplo de Domingo, sus hijos se han distinguido particularmente en la devoción a la Eucaristía. Desde Santo Tomás, el poeta de la Eucaristía y autor del oficio de la fiesta del 'Cuerpo de Cristo', hasta Hugo de San Caro, quien por primera vez instituyó esta fiesta en Lieja antes de que fuera instituida en la Iglesia universal; desde la Beata Imelda Lambertini, víctima de la Eucaristía, hasta Santa Catalina de Siena, que a menudo se alimentaba de la sola Eucaristía y que se hizo promotora de la comunión diaria, contra la costumbre de la época; desde San Juan de Colonia, mártir de la

¹²⁸ Vitae Fratrum, n. 103.

¹²⁹ Libellus, n. 63.

¹³⁰ Cartas del B. Jordán, nn. 2, 8, 15, 17, 20, 28, 33, etc.

¹³¹ De vita regui, II, p. 88.

¹³² Vitae Fratrum, n. 277.

¹³³ Vitae Fratrum, ti. 288.

¹³⁴ Vitae Fratrum, nn. 355, 389.

¹³⁵ Vitae Fratrum, n. 88.

Eucaristía, hasta el Padre Tomaso Stella, fundador de la cofradía del Santísimo Sacramento, etc.

La tarea del apóstol comienza propiamente al pie del altar con al viva participación en el sacrificio de Cristo y con la contemplación del gran misterio del amor divino. La comunión eucarística da al apóstol y al contemplativo aquella abundancia de gracia que ilumina la inteligencia y devuelve la salud al corazón. *"Consumado el signo del pan -dice el Señor a Santa Catalina- permanece la gracia. Yo dejo la impronta de la gracia como sello que se pone sobre la cera caliente... Así permanece la virtud de este Sacramento... Permanece el calor de la divina caridad... permanece la luz de la sabiduría... permanece firme, participan, de mi fortaleza y mi poder"*¹³⁶

En la mente de los primeros dominicos, la misericordia del Salvador reclama la misericordia de María. Desde un comienzo la Orden ha alimentado una devoción particular a María, Madre del Verbo encarnado y Madre de Misericordia. La devoción a María es parte integrante del ideal de Domingo.

El predicador del Verbo divino ve en María, ante todo, a la Madre del Verbo encarnado y la sede de la sabiduría; ve a la Reina de los apóstoles, aquella que ha cooperado con Cristo en la formación de los primeros apóstoles; ve en ella a la primera predicadora, la que, en primer lugar, en la historia de la salvación, ha dado el Salvador a la humanidad; ve a la primera contemplativa, aquella que primero ha meditado en su corazón los misterios del Verbo encarnado (Le. 2, 19).

El predicador del Verbo divino ve en María, ante todo, a la Madre del Verbo encarnado y la sede de la sabiduría; ve a la Reina de los apóstoles, aquella que ha cooperado con Cristo en la formación de los primeros apóstoles; ve en ella a la primera predicadora, la que, en primer lugar, en la historia de la salvación, ha dado el Salvador a la humanidad; ve a la primera contemplativa, aquella que primero ha meditado en su corazón los misterios del Verbo encarnado (Le. 2, 19).

Domingo era particularmente devoto de María. Solía invocarla en los momentos más difíciles¹³⁷. A *"María, reina de la misericordia, como a su especial patrona"*, había confiado toda la Orden¹³⁸.

Fray Guala, Prior de Brescia vio, en el momento de la muerte de Domingo de Bolonia, que Jesús y María llevaban al santo sobre dos escalas para introducirlo en la gloria celestial¹³⁹. Este sueño-visión parece que quiere simbolizar las dos devociones principales que le abrieron a Domingo las puertas del cielo.

¹³⁶ Diálogo, c. 112.

¹³⁷ Acta canoniz-, B., n. 21.

¹³⁸ Leyenda C. ORVIETO, p. 308.

¹³⁹ Libellus, n. 95.

María es venerada por los primeros dominicos especialmente como mediadora de la gracia y madre de misericordia, tal como lo manifiestan los múltiples episodios narrados en las *"Vidas de los hermanos"* y en las antiguas crónicas de la Orden. A la misericordia de María se atribuye la conversión de los pecadores y la victoria contra las tentaciones¹⁴⁰.

Inclusive la misma fundación de la Orden es atribuida a una particular intercesión de María¹⁴¹. Hoy nosotros leemos con cierto escepticismo el relato de ciertas visiones, pero es un hecho histórico que los primeros frailes predicadores creían que el nacimiento de la Orden había sido alcanzado por la intercesión de María, por lo cual la consideraban fundadora de la Orden y mantenían hacia ella una particular gratitud. A este propósito el Beato Humberto dice que María puede ser justamente considerada como la *"Patrona principal de la Orden"*¹⁴². Igualmente Santa Catalina tiene la certeza de que Domingo y su Orden fueron dados por Dios *"al mundo por medio de María"*¹⁴³.

Porque los frailes predicadores consideran a María, desde un principio, como fundadora de la Orden, en el momento de la profesión prometen expresamente obediencia a ella. Lo que *"no sucede en otras órdenes"*, subraya el Beato Humberto¹⁴⁴.

Los primeros frailes predicadores son conscientes de que gozan de una especial protección de María y la consideran *"singular auxiliadora"*, *"abogada de la Orden"*, *"madre singular"*, porque ella *"promueve la Orden y la defiende"*¹⁴⁵. Aquellos primeros frailes atribuyen a las súplicas de María la vocación de muchos de sus hermanos¹⁴⁶ y su perseverancia en la Orden¹⁴⁷. Cuando María se aparece a los frailes llama a la Orden Dominicana *"mi Orden"*¹⁴⁸, y a los frailes predicadores *"mis frailes"*¹⁴⁹. Ella asiste *"a sus"* frailes durante la vida y en el momento de su muerte¹⁵⁰.

A cambio de esta protección especial, la Orden mantiene una devoción particular a María, desde sus comienzos. La vida dominicana es considerada por los primeros frailes como *"un servicio a María y a su Hijo"*¹⁵¹. Con singular solemnidad se ha dedicado el sábado a María¹⁵². En cada celda, junto al Crucifijo, está siempre la imagen de María¹⁵³. En el extremo del dormitorio hay siempre un altar con la imagen de María; a ella dirige su pensamiento el religioso siempre que sale o entra a su celda. En la mañana, apenas se despiertan, cantan las alabanzas de María recitando su oficio; en la

¹⁴⁰ Vitae Fratrum, nn. 11, 52, 262, 263, 266, 267, 277, 311.

¹⁴¹ De vita reg. , II, p. 135.

¹⁴² Ibid.

¹⁴³ Diálogo, c. 158.

¹⁴⁴ De vita reg. , II, p. 71.

¹⁴⁵ De vita reg. , II, p. 136; Vitae Fratrum, nn. 35, 50, 168, 345, 374.

¹⁴⁶ Vitae Fratrum, nn. 197, 200, 219-223.

¹⁴⁷ Vitae Fratrum, nn. 37, 38, 40, 43, 44, 243, 244.

¹⁴⁸ Vitae Fratrum, nn. 121, 219.

¹⁴⁹ Vitae Fratrum, n. 39.

¹⁵⁰ Vitae Fratrum, nn. 54, 55, 56.

¹⁵¹ Devitareg. , II, pp. 70-71.

¹⁵² De vita reg. , II, pp. 72-75

¹⁵³ Vitae Fratrum, n. 168.

noche, antes de ir a descansar, invocan nuevamente a María con el canto de la Salve. La costumbre del canto de la Salve después de Completas fue introducida por el Beato Jordán en Bolonia para invocar la protección de la Virgen contra las tentaciones e insidias diabólicas¹⁵⁴. Muy pronto se difundió esta devoción en la Provincia de Lombardía y luego en toda la Orden.

María manifestó que este acto de obsequio filial por parte de "*sus*" frailes al final de la jornada, le agradaba particularmente. Varias veces algunos religiosos le "*vieron*" que suplicaba a su Hijo mientras ellos cantaban "*Ea, pues, abogada nuestra*"¹⁵⁵.

Pronto se introdujo la costumbre de invocar a María con el canto de la Salve en el momento del tránsito de los religiosos a la vida eterna. A María, patrona singular de la Orden, y "*madre de misericordia*" se confía de esta manera el alma de sus hijos.

¹⁵⁴ Libellus, n. 120

¹⁵⁵ De vita reg. II, p. 131; Vitae Fratrum, nn. 57-63.

EL ESTUDIO

1. Estudio y contemplación

El estudio de la verdad sagrada ocupa un puesto muy importante dentro de las observancias regulares en la Orden Dominicana. La *"caridad de la verdad"* antes de ser donación es conquista de la verdad. Y la verdad se conquista normalmente mediante un estudio asiduo.

Santo Domingo fue el primero de los fundadores de órdenes religiosas que consideró el estudio como un elemento esencial de la vida religiosa. Tanto que el Beato Humberto podía escribir: *"Si para las otras órdenes el estudio es conveniente, para los frailes predicadores es un deber"*¹⁵⁶.

La importancia del estudio en la vida dominicana deriva de su gran valor en función de la realización del proyecto de Santo Domingo. El estudio asiduo de la sagrada Doctrina es para el dominico un valioso instrumento para la formación del contemplativo y del apóstol. Esto implica una búsqueda apasionada de la verdad y un conocimiento de los misterios de Dios en función de la contemplación y del ministerio apostólico.

Si la mortificación elimina los obstáculos y dispone el ánimo para el encuentro con Dios, llevándolo hasta los umbrales de la contemplación, el estudio lo introduce en el templo en que el alma se encuentra con Dios.

La especulación teológica ofrece al contemplativo aquellas verdades abstractas, que en el íntimo contacto con Dios serán transformadas en ideas vivas y concretas destinadas a vivificar la acción apostólica. *"El estudio de la verdad sagrada -escribe Santo Tomás- es necesario a la vida religiosa sobre todo porque ayuda a la vida contemplativa"*. El estudio ayuda a la contemplación de dos maneras: directamente en cuanto ofrece la verdad divina, objeto propio de la contemplación, indirectamente en cuanto ofrece el control de la fe ayudando a evitar peligrosas desviaciones¹⁵⁷. El ejercicio del estudio no sustituye la inspiración del Espíritu Santo, sino que prepara la ulterior iluminación mística y la libra de los peligros del error y de la ilusión.

¹⁵⁶ De vita reg. , I, p. 433.

¹⁵⁷ S.theol. ,11-11, q. 188, a. 5.

A la contemplación propiamente dicha - *"a la intuición simple de la verdad"*- se llega a través de un proceso de interiorización que va del estudio a la oración y de ésta a la meditación¹⁵⁸.

Para Santo Domingo el estudio era siempre una introducción a la contemplación. *"Cuatro años pasó en este sagrado estudio -escribe Jordán de Sajonia- durante los cuales, el afán de abrevarse en los arroyuelos de las Santas Escrituras hacía esforzarse con tal tenacidad y constancia, que la misma pasión por aprender le impulsaba a pasar las noches casi insomnes y la verdad que capta ha, grabada profundamente en su inteligencia, era retenida finamente en su prodigiosa memoria. Aquella perspicacia de ingenio, fertilizada con piadosos afectos, germinaba en frutos de salvación"*¹⁵⁹.

Objeto de su estudio y meditación eran especialmente el Evangelio y las cartas de San Pablo, que llevaba siempre consigo y que *"sabía casi de memoria"*¹⁶⁰. Otro libro particularmente apreciado por Domingo era el de las *"Colaciones de los Padres"*, un tratado sobre la perfección espiritual y los vicios. *"Este libro con la ayuda de la gracia - dice Jordán de Sajonia- lo condujo a una ardua pureza de conciencia, a un alto grado de contemplación y de perfección"*¹⁶¹.

Para el dominico el estudio nunca es un obstáculo para la oración. En la vida dominicana el estudio y la oración se integran recíprocamente: se estudia para orar mejor y se ora para obtener mayor luz en el estudio y para estudiar con mayor asiduidad. Así el estudio se convierte en oración. Cuando la ciencia está ordenada a Dios escribe Santo Tomás *"acrecienta la devoción"*¹⁶². Por eso las Constituciones antiguas decían que los frailes *"debían alimentar la vida religiosa con el estudio y enriquecer y santificar el estudio con la vida religiosa"*¹⁶³.

El dominico estudia no sólo con la mente; estudia también con el corazón. Su dedicación a la búsqueda de la verdad no lo distrae de la contemplación, porque su mirada permanece orientada hacia Dios. El estudio que es animado por la caridad y que, sobre todo, es búsqueda de Dios, llega a ser una tarea sagrada y un instrumento de una más íntima comunión con Dios. *"Preparados en el estudio de la doctrina sagrada - escribe el Maestro de la Orden Américo de Piacenza (1309)- esfuerzaos en ascender por la elevación de la mente a Dios"*¹⁶⁴. Otro antiguo Maestro de la Orden, Hugo de Vauceman (1334), reafirma que el dominico *"mientras se dedica asiduamente al estudio de la verdad, prepara los ojos de la mente para la gozosa intuición de la divinidad"*¹⁶⁵.

¹⁵⁸ S.theol. ,11-11, q. 180, a. 3.

¹⁵⁹ Libellus, n. 7.

¹⁶⁰ Acta canoníz. , B., n. 29.

¹⁶¹ Libellus, n. 13.

¹⁶² S. theol. , II-II, q. 188, a. 5.

¹⁶³ Const, antiq. , n. 178, 3.

¹⁶⁴ Litt. Ene. MM.Ord, p. 196.

¹⁶⁵ Litt. Ene. MM.Ord., p. 254.

"Durante el estudio -escribía San Vicente Ferrer- puesto de rodillas, haz a Dios una breve y ardiente oración...; implora la ayuda divina y presenta al Altísimo tus promesas y tus deseos... Luego trae a la mente lo que estabas estudiando y aún no has comprendido claramente. Torna luego al estudio y de nuevo a la oración. Alternando así estos dos ejercicios tendrás un corazón más fervoroso en la oración y la mente más iluminada en el estudio"¹⁶⁶. Alternar el estudio con la oración, era el sistema empleado por Santo Tomás, como ya lo hemos dicho, un sistema que encontraba muy eficaz para disipar las dudas y alcanzar la gracia de comprender más profundamente la verdad apenas vislumbrada con la luz de la razón.

2. Estudio y vida apostólica

El estudio de la verdad sagrada es necesario al dominico no sólo como contemplativo sino también como apóstol. *"Efectivamente el apóstol -escribe Santo Tomás citando a San Pablo (Tito 1, 9)- debe adherirse firmemente a la sagrada doctrina, es decir, poseer con seguridad la doctrina revelada, a fin de que sea capaz de rebatir a los contradictores. Se puede objetar -continúa Santo Tomás- diciendo que los apóstoles fueron enviados sin haber estudiado. Pero en este caso el Espíritu Santo les sugería aquellas cosas que los demás aprenden habitualmente en el estudio"¹⁶⁷.*

Ciertamente el Espíritu Santo puede sustituir cualquier tipo de maestro y de estudio e inspirar directamente lo que el apóstol debe decir. Pero esto ocurre sólo en casos extraordinarios. La vía ordinaria mediante la cual el apóstol alcanza la verdad que debe enseñar es el estudio. Por esto Santo Domingo quiso el estudio como instrumento indispensable para formar al fraile predicador.

Domingo había estudiado en la Universidad de Palencia, pero siente la necesidad de que el apóstol se dedique a un estudio más profundo de la Sagrada Escritura, sobre todo, cuando entra en contacto con la herejía. Los herejes eran personas bastante preparadas. Para combatir sus errores no era suficiente una predicación popular, se requerían apóstoles bien aguerridos, sólidamente preparados para rebatir sus argumentos. Por eso él tuvo el cuidado de mandar a sus primeros compañeros a "estudiar" en la Universidad de París y de Tolosa¹⁶⁸ y quiso que sus frailes fueran "siempre asiduos en el estudio", lo mismo que en "la oración y la predicación"¹⁶⁹. En particular Domingo quería que estudiaran el Antiguo y el Nuevo Testamento¹⁷⁰.

¹⁶⁶ S. VICENTE FERRER O.P., De vita spirituals c. 5.

¹⁶⁷ S. theol. , II-II, q. 188, a. 5.

¹⁶⁸ HUMBERTOS A ROMANS, Leg. S. Dominici, MOPH XVI, p. 400, n. 40; Libellus, n. 51; Acta canoniz. , B., n. 26.

¹⁶⁹ Acta canoniz. , B., n. 32.

¹⁷⁰ Acta canoniz. , B., n. 29.

En los primeros tiempos el estudio no estaba orientado a preparar profesores; estaba ordenado solamente a formar a los apóstoles. Sin embargo, muy pronto, la presencia de un clero intelectualmente impreparado y necesitado de ser instruido, así como la necesidad de instruir a sus propios religiosos, hicieron sentir la necesidad de tener escuelas propias y formar allí los profesores. De esta manera cada convento llega a ser una escuela; tanto que no se podía fundar un convento 'sin doctor'¹⁷¹, sin un profesor de ciencias sagradas.

Para que no hubiera equívocos acerca del valor del estudio en la Orden, al puro comienzo de las Constituciones se ha definido cuál es su significado en la vida del dominico: "*Nuestro estudio -se lee en el prólogo de las Constituciones primitivas- debe mirar principalmente y con ardor a la utilidad de las almas de los prójimos*"¹⁷². El estudio tiene, pues, un gran valor, pero un valor instrumental. Para el dominico el estudio no debe ser jamás alimento de su propia ambición, ni un fin en sí mismo; el estudio no está ordenado a formar simples cultores de la ciencia o de lo intelectual. Santo Domingo lo quiso como instrumento para mejor realizar la vocación apostólica.

Habida cuenta de la importancia que tiene el estudio en la vida del dominico, los superiores deben vigilar para que no llegue a descuidarse y deben facilitar el cumplimiento de este deber, ya las Constituciones primitivas obligan a los "*visitadores*" a controlar si los religiosos son "*asiduos en el estudio*"¹⁷³. Esas mismas Constituciones dan a los superiores facultad para dispensar a los frailes de algunas obligaciones de la vida religiosa "*especialmente en todo aquello que pueda impedir el estudio, la predicación y la salvación de las almas*"¹⁷⁴. La misma oración comunitaria se debe desarrollar expeditamente para no quitar mucho tiempo al estudio¹⁷⁵.

El estudio de la sagrada doctrina está ordenado por su misma naturaleza a la contemplación y a la actividad apostólica. Si el teólogo se dedica al estudio de la verdad sagrada, no para el bien de las almas, sino por un interés personal (por ambición, motivos de carrera...), entonces la verdad ya no es alimento vital de su espíritu. El teólogo que no ordena su propio estudio a la contemplación y al servicio de los hermanos -dice Santo Tomás- se degrada a sí mismo y desciende al nivel del filósofo. "*Si uno estudia para saber y no para edificarse y crecer en el amor de Dios, sepa bien que él conduce a la vida contemplativa de los filósofos y no a aquella de la que tratan los teólogos*"¹⁷⁶.

Cuando la oración y el apostolado se consideran como un obstáculo para el trabajo intelectual, se puede sospechar que el trabajo intelectual no está ordenado a la

¹⁷¹ Const. Antiq. , II, c. 23; De vita reg. , II, pp. 28-29.

¹⁷² Const. Antiq. , Prologus.

¹⁷³ Const. Antiq. , II, c. 18.

¹⁷⁴ Const. Antiq. , Prologus.

¹⁷⁵ Const. Antiq. , I, c. 3.

¹⁷⁶ De vita reg. , II, pp. 28-29.

contemplación y al ministerio apostólico, o al menos no lo está de una manera preponderante.

3. Estudio y vida espiritual

Para los primeros dominicos el estudio no es solamente fuente de contemplación e instrumento de formación intelectual, sino también manantial de vida espiritual. El Beato Humberto dice expresamente que el estudio es *"fuente fecunda de todo bien"*. *"El estudio -escribe- preserva del pecado, forma el hombre interior, muestra claramente el camino del deber, hace al religioso más útil a los demás, acrecienta entre el pueblo el aprecio por la Orden, libera de la melancolía, da fuerzas para soportar las fatigas de la vida religiosa y apostólica y, sobre todo, es un instrumento de progreso espiritual, puesto que todo conocimiento de la verdad es conocimiento de Dios y ocasión para crecer en la caridad"*¹⁷⁷.

Este es ciertamente el elogio más bello que se haya escrito sobre el estudio. En la espiritualidad dominicana el estudio es la luz que señala *"el camino del propio deber"*; es servicio de caridad para con el prójimo: *"nos hace útiles a los demás"*; es fuerza espiritual que *"preserva del pecado"*; es alimento de la vida interior: *"forma al hombre interior"*; destierra la melancolía y el aburrimiento es instrumento de progreso espiritual por su valor ascético y porque brinda la ocasión de crecer en la caridad.

La dedicación sincera y apasionada a la búsqueda de la verdad sumerge al dominico en el inmenso e insondable océano de la naturaleza divina y de su perfección. Por eso lo protege contra la tentación del orgullo y de la vanidad, lo libera de toda forma de mezquindad, amplía el horizonte de su vida y lo hace crecer en el amor de Dios.

El estudio asiduo es, además, una forma de ascesis por el esfuerzo arduo y perseverante que implica. De hecho requiere atenta reflexión e impone no pocas renunciaciones, impone un freno a la natural curiosidad y un control a la fantasía...; obliga al recogimiento...

El estudio como instrumento ascético es purificación para sí mismo y redención para los demás. *"Te exhorto -escribía Santo Tomás al estudiante Fray Juan- a refrenar la lengua... manten siempre pura la conciencia; sé asiduo a la oración; ama tu celda, si quieres sentarte en el banquete de la sabiduría... Rehuye las divagaciones... Procura entender cuanto lees u oyes; aclara tus dudas y esfuérgate por retener lo que más puedas en el tesoro de tu mente, como si se tratara de llenar un vaso"*¹⁷⁸.

¹⁷⁷ De vita reg. , II, pp. 28-29.

¹⁷⁸ S. THOMAS AQ. , Epislula de modo studendi, en Opúsculo theologica, ed. Marietti, Torino, 1954.

La dedicación al estudio de la verdad divina y el hábito de la reflexión dan a la piedad y a la vida del dominico una impronta inconfundible de austeridad, de seriedad y de sencillez; forman un carácter recto y equilibrado y preserva de todo sentimentalismo, de todo exceso y de todo impulso pasional.

VI

LA VIDA COMUNITARIA

1. Vida comunitaria y contemplación

Dos cosas pedía Santo Domingo a los novicios antes de aceptarlos en la Orden: obediencia y compromiso de vida comunitaria¹⁷⁹. Canónigo en la catedral de Osma, había tenido la oportunidad de experimentar el valor de la vida comunitaria para aquellos que se consagran a Dios. Aún más, sintió su necesidad cuando comenzó su actividad apostólica.

Queriendo imitar en todo la vida de los Apóstoles, Domingo tenía como modelo para la comunidad de sus hermanos la primitiva comunidad apostólica. En esta comunidad los primeros cristianos *"acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones... Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común... Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar"* (Hch. 2, 42-47). El don de la salvación era considerado por aquellos primeros cristianos como el premio a la concordia de las almas y a la caridad fraterna, que caracterizaban la comunidad de los creyentes.

La vida comunitaria constituye un valor esencial en la vida dominicana; es el ambiente dentro del cual se realiza la vocación. La vida contemplativa; la oración litúrgica, la profesión de los consejos evangélicos, la vida regular, el estudio, la actividad apostólica están alimentados por el espíritu comunitario.

La vida comunitaria dispone al dominico para la contemplación porque acrecienta en forma continua el amor fraterno. La comunidad no es una simple asociación o una sociedad de personas que se han propuesto alcanzar un fin común. Es mucho más. La comunidad apostólica es comunión en la caridad. Formar comunidad, en la vida religiosa, significa no sólo estar juntos, sino vivir juntos.

La vida comunitaria no se realiza plenamente con la presencia en algunos actos comunes, aun cuando tengan un gran valor, como la misa conventual; ella implica, sobre todo, la mutua aceptación y la concordia de los espíritus. El espíritu comunitario se fundamenta en la caridad fraterna, por lo cual exige la aceptación de los hermanos con todos sus defectos y sus limitaciones. La caridad abraza a todos, no excluye a nadie, no tiene preferencias, va más allá de la simpatía y de la simple amistad, que muchas veces pueden ser motivo de división y disgregación. Vivir la comunidad significa poner

¹⁷⁹ Const. Antiq. , I, p. 14.

todo en común; no sólo el fruto del propio trabajo (voto de pobreza), sino también los valores, que comprometen a la persona en todos sus aspectos; significa poner en común las propias energías físicas y las cualidades espirituales, las propias ideas, ayudarse mutuamente, tener una gran disponibilidad para el bien común y llevar el peso del bien común; estar al servicio de la comunidad y participar con decisión y espíritu de sacrificio en la vida de la comunidad.

Donde reina este espíritu comunitario florece el espíritu de contemplación, porque allí está el espíritu de Dios. El Espíritu Santo es comunión y amor y derrama sus dones donde hay comunión y amor.

La primera efusión solemne del Espíritu Santo tuvo lugar en la comunidad contemplativa del Cenáculo (Hch. 2, 1-4). Cuando Jesús prometió a los Apóstoles el Espíritu Santo, antes de ascender al Padre, estaban reunidos y formaban comunidad (Jn. 20, 22). La primera efusión del Espíritu Santo sobre los paganos se llevó a cabo en la comunidad que se había formado en torno a Cornelio, en espera de la visita de Pedro (Hch. 10, 24, 44-45).

2. Vida comunitaria y acción apostólica

La vida comunitaria no sólo dispone para la contemplación, sino que facilita también la acción apostólica y le da mayor eficacia. La acción apostólica madura mejor y se realiza más fácilmente dentro de un espíritu de colaboración y de comunión fraterna. El espíritu comunitario es una gran fuerza porque hace confluir las energías de todos al bien común y a la actividad de cada uno. *"Toda batalla combatida con ánimo concorde (unánime) -escribe el Beato Humberto- conduce a victoria segura"*¹⁸⁰. En los encuentros comunitarios todos los religiosos confrontan fraternalmente sus propias experiencias y discuten los distintos problemas referentes a la vida apostólica de la comunidad. De esta manera cada uno aprovecha las experiencias de los otros y amplía su propia capacidad y posibilidad apostólica.

Para el dominico el ministerio apostólico es siempre *"un trabajo comunitario"*¹⁸¹, es una obra de la comunidad, y nunca una actividad puramente personal. La acción apostólica del dominico es una actividad comunitaria tanto por su origen como por su desarrollo. En efecto, se trata de algo escogido o aceptado por la comunidad, organizado con la participación y el consejo de la comunidad y realizado con profundo sentido comunitario.

¹⁸⁰ De vita reg. , I, p. 72.

¹⁸¹ Liber Const. , n. 100.

a) La actividad apostólica del dominico es siempre una actividad querida por la comunidad o al menos aceptada por ella. La iniciativa puede venir de un individuo, pero en el momento en que la comunidad permite una actividad, la acepta y la hace propia. Por esto toda la comunidad se siente comprometida en ella y aporta su propia colaboración.

b) La actividad apostólica es comunitaria también porque es organizada con la participación y el consejo de la comunidad. Este hecho es de gran ayuda al apóstol y facilita su trabajo. "El bien que ha sido discutido y aprobado con el concurso de la comunidad -dice el Beato Humberto- *se realiza más rápidamente y con mayor facilidad*"¹⁸². Cuando una ha participado en la elaboración y aprobación de un programa determinado de trabajo colabora con mayor empeño en su ejecución porque conoce mejor el programa y la razón de su elección y porque, habiéndolo aprobado, se siente corresponsable de su realización.

c) Finalmente, ese espíritu comunitario acompaña y guía al dominico en el desarrollo de su acción apostólica. Este hecho fortalece el sentido de responsabilidad, aumenta el mérito de su acción y preserva de la tentación del orgullo.

El espíritu comunitario aumenta en el religioso el sentido de responsabilidad porque le recuerda que, en su acción apostólica, él representa a la comunidad y que el juicio que merezca implicará a toda la comunidad. Acrecienta el mérito de la acción apostólica porque da al religioso el mérito propio de la obediencia. El que lleva a cabo una tarea confiada por la comunidad presta un servicio a la comunidad y ejercita realmente la obediencia.

El espíritu comunitario preserva de la tentación del orgullo. En efecto, hace consciente al religioso de sus propias limitaciones y lo lleva a la convicción de que podrá desarrollar una determinada actividad en cuanto ha sido formado en la comunidad y tiene el apoyo de la misma.

La vida comunitaria garantiza una mayor eficacia en la acción apostólica. La eficacia de la actividad apostólica depende principalmente del grado de caridad del apóstol. La caridad es el alma del ministerio apostólico. La acción del apóstol será estéril si Dios no está presente en él: pero Dios es caridad y está presente en aquel que lo ama (1 Jn. 4, 16).

Para el dominico vivir en comunidad significa crecer en la concordia de los espíritus, es decir, crecer en la caridad. "*La unidad del fin -dice el Beato Humberto- exige la unidad de los espíritus. Si falta la unidad interna de la concordia de los espíritus, es hipocresía la uniformidad de los actos externos*" (vivir en la misma casa, llevar el mismo hábito, profesar la misma vocación, las mismas observancias)¹⁸³.

¹⁸² De vita reg. , I, p. 72.

¹⁸³ De vita reg. , I, pp. 71-72.

La vida comunitaria confiere mayor eficacia a la acción apostólica porque es también un vivo testimonio de vida evangélica. Enraizada en la caridad, la comunidad constituye el modelo de aquella familia universal, que comprende a todos los hombres, y a cuya formación está ordenada toda la acción del apóstol¹⁸⁴. Los dominicos -se lee en las Constituciones de la Orden- de acuerdo entre sí por la obediencia, asociados en un amor más elevado por la disciplina de la castidad, y dependiendo más estrechamente unos de otros por la pobreza, edifican primero en su propio convento la Iglesia de Dios que mediante su trabajo pretenden extender en todo el mundo¹⁸⁵. Si los miembros de la comunidad dominicana, por la armonía de espíritus, por el espíritu de sacrificio, la voluntad de servicio y la comunión con Cristo, constituyen realmente una pequeña Iglesia (no un conventículo), ¡cuánto más será la contribución que ellos podrán aportar a la edificación del cuerpo de Cristo en la sociedad en que trabajan! Su vida comunitaria es una predicación visual, un testimonio de fe y de amor y una prueba de que es posible realizar aquello que se dice, y una prueba de que la vida cristiana no es una utopía sino una realidad.

3. El sentido comunitario de Santo Domingo y su amabilidad

Santo Domingo daba mucha importancia a la vida comunitaria. Teniendo que escoger una Regla para su Orden, escogió la de San Agustín que comienza recordando a los religiosos *que "ellos habitan en una misma casa para formar una sola familia y tener un solo corazón y una sola alma en Dios"*. Las mismas Constituciones son para Santo Domingo, ante todo, el alimento de la unanimidad de espíritu y la expresión de la 'unidad interior'. Si tenemos un solo corazón y una sola alma -se lee en el prólogo de las Constituciones primitivas- es conveniente que nos hallemos *"uniformes en la observancia de la religión, afín de que la unidad que debemos conservar en los corazones, sea alimentada y expresada en la uniformidad externa"*¹⁸⁶.

Domingo vivía integralmente la vida comunitaria. Participaba siempre en los actos de la vida común y se sometía en todo a la comunidad. *"Observaba en todo y por todo la Regla -dicen los testigos en el proceso de canonización- y no se dispensaba con facilidad. Seguía totalmente a la comunidad en el coro, en el comedor y en los demás lugares"*¹⁸⁷. *"Era asiduo en el oficio y participaba siempre en los actos comunes, tanto en el coro como en el refectorio... Observaba escrupulosamente la Regla y las Costumbre de la Orden de los frailes predicadores... en cuanto al vestido, la comida, la bebida, los ayunos; y todo lo demás"*¹⁸⁸. *"Personalmente observaba la Regla con rigor y*

¹⁸⁴ Liber Const. , n. 2, I.

¹⁸⁵ Liber Const., n. 3, II.

¹⁸⁶ Const, antiq. , Prologus.

¹⁸⁷ Acta canoniz. , B., n. 18.

¹⁸⁸ Acta canoniz- , B., n. 31.

*precisión y exhortaba y ordenaba a sus hermanos a hacer otro tanto. En cuanto a las comidas y a los horarios, se adaptaba en todo a la comunidad, y aunque pasase con mucha frecuencia las noches en la iglesia, participaba siempre con sus hermanos en el rezo matutino*¹⁸⁹.

La organización del gobierno de la Orden ideada por Domingo manifiesta su gran sentido comunitario y el inmenso valor que atribuía a la comunidad. Quiso expresamente que las decisiones más importantes fueran tomadas siempre *"con el consentimiento de la mayoría de la comunidad"*¹⁹⁰.

El sistema de gobierno querido por Santo Domingo a nivel local, provincial y de toda la Orden, está penetrado de un sabio espíritu comunitario. Hoy diríamos: espíritu democrático. La participación, quicio de toda gestión democrática, es un elemento esencial en el gobierno dominicano. En este sistema de gobierno la participación está asegurada por el sistema electivo, la breve duración de los cargos y el control que ejercen los consejos y las asambleas capitulares¹⁹¹. Este tipo de gobierno apareció como una novedad absoluta en el mundo eclesiástico de la época. Se aleja muchísimo del sistema monástico y canonical, en los cuales el prelado asume toda la autoridad y la ejerce a perpetuidad, sin compartirla con sus súbditos y sin tener que dar cuenta a ellos.

El alma de la comunidad es el superior. Santo Domingo tenía las cualidades propias del superior ideal. Aquel que está puesto a la cabeza de la comunidad y sobre quien recae, más que sobre otros, la responsabilidad del bien común, ha de tener un profundo sentido comunitario. Muchas veces la armonía de la comunidad puede ser resquebrajada a causa de un incorrecto sentido de la autoridad por parte del superior. Intervenir con excesiva severidad o, por el contrario, no intervenir en absoluto, cuando el bien de la comunidad lo exige, es igualmente nocivo para la vida comunitaria.

Domingo no dejaba de corregir y castigar a quienes faltaban a la Regla, pero sabía imponer los castigos con tanta humildad y tanta dulzura y amabilidad que *"todos lo aceptaban con paciencia aunque el castigo fuera muy pesado"*¹⁹². Algunas veces - escribe Fray Rodolfo- cuando veía cometer alguna falta, *"fingía no verla"*. Pero después se acercaba al religioso y lo reprendía *"dulcemente"*, y *"sus palabras llenas de bondad inducían a todos a confesar sus faltas y a hacer penitencia. Castigaba rigurosamente sus transgresiones, pero lo hacía con tanta humildad en las palabras, que ellos se alejaban de él consolados"*¹⁹³. Subrayemos: reprendía *"rigurosamente"*... y se alejaban de él *"consolados"*.

Domingo *"era -dice Fray Ventura- sabio, discreto, benigno, misericordioso, muy entrañable y muy justo"*¹⁹⁴. Virtudes todas necesarias para quien tiene la responsabilidad

¹⁸⁹ Acta canoniz. , B., n. 43.

¹⁹⁰ Carta de S. Domingo.

¹⁹¹ Const, antiq. , II, ce. 1-11, 15.

¹⁹² Acta canoniz. , B., nn. 6, 48.

¹⁹³ Acta canoniz. , B., n. 32.

¹⁹⁴ Acta canoniz , B., n. 4.

de una comunidad. Sobre todo la paciencia, la discreción y el sentido de justicia son cualidades indispensables a quien debe cuidar de la armonía que debe reinar en una comunidad.

Domingo no sólo organiza con sentido comunitario el gobierno de la Orden y posee las cualidades del superior ideal; él posee, además, todas las virtudes necesarias en la vida comunitaria. Así, severo para consigo mismo, es de una gran amabilidad para con todos. Posee en sumo grado las virtudes humanas de la convivencia. Sus contemporáneos son unánimes en señalar su afabilidad, sociabilidad y amabilidad. El Beato Jordán de Sajonia escribe: *"Acogía a todos los hombres en el inmenso espacio de su caridad, y amándolos a todos era amado por todos. Se atraía fácilmente el amor de todos... Apenas lo conocían, todos comenzaban a quererle. Nadie era tan sociable con sus hermanos y compañeros de viaje como él, y nadie más alegre que él. La sencillez de su manera de ser lo hacían muy amable a todos"*¹⁹⁵. *"Era muy humilde -dicen los testigos en el proceso de canonización- benigno, sobrio, afable, benévolo, consolador de los hermanos y de todos"*¹⁹⁶.

¿Cuál es la fuente de esta bondad y amabilidad de Domingo? Él es paciente, misericordioso, muy justo y amable con los hombres porque habitualmente está con Dios. Es sereno y alegre exteriormente, porque tiene alegría dentro, en el corazón. Exteriormente traslucía el gozo de la presencia de Dios en su alma. *"Era tal su perfección moral -escribe el Beato Jordán-, tal el ímpetu del fervor divino, que revelaban plenamente en él un vaso de honor y de gracia... Y como el corazón alegre alegra el semblante, la hilaridad y la benignidad del suyo manifestaban la placidez, y el equilibrio del hombre interior"*¹⁹⁷.

¹⁹⁵ Libellus, nn. 104, 105, 107.

¹⁹⁶ Acta canoniz-, B., nn. 17, 22, 27.

¹⁹⁷ Libellus, n. 103.

VII

LOS VOTOS RELIGIOSOS EN LA VIDA DOMINICANA

1. Los votos religiosos y el ideal de Domingo

Los votos religiosos son comunes a todas las órdenes. Con la profesión de los votos cada *religioso "se consagra al servicio divino y se ofrece a sí mismo en holocausto a Dios"*¹⁹⁸. Pero en la Orden de Santo Domingo el ejercicio de los votos adquiere un carácter particular: está orientado particularmente en función del culto de la verdad y del anuncio del mensaje evangélico.

La fiel observancia de los consejos evangélicos dispone el alma a la contemplación de la verdad divina y prepara mejor a la actividad apostólica. Para poder penetrar con la mente en los misterios de Dios, para poseer la verdad y ser poseídos por ella, se requiere una gran docilidad de espíritu, una absoluta pureza de corazón y un sincero desprendimiento de las cosas materiales. La fiel observancia de los votos religiosos realiza a cabalidad esta obra de purificación, libera el alma de todo aquello que pueda impedir la posesión de la verdad: da la docilidad de espíritu (obediencia), la pureza de corazón (castidad) y el desprendimiento de las cosas materiales (pobreza).

Igualmente la obra del apóstol será eficaz en la medida en que se deje guiar por el Espíritu de Cristo y, por tanto, en la medida en que se libere del espíritu del mundo. Puesto que 'si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él'. Puesto que todo lo que hay en el mundo -la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas- no viene del Padre, sino del mundo (1 Jn. 2,15-16). El apóstol puede vencer el espíritu del mundo y los asaltos de la concupiscencia mediante la observancia de los votos de pobreza, castidad y obediencia.

2. La pobreza

Domingo -dicen sus contemporáneos- "*era amantísimo de la pobreza tanto en lo que se refería al alimento y al vestido suyo y de sus religiosos, como en lo relacionado con los edificios e iglesias de los frailes, el culto y los ornamentos y vestidos eclesiásticos*"¹⁹⁹. A menudo exhortaba a los religiosos a practicar la pobreza y deseaba que vivieran de limosna. Prohibió a sus hermanos aceptar propiedades e hizo restituir

¹⁹⁸ S. theol. ,11-11, q. 186, a. 1.

¹⁹⁹ Acta canoniz. , B., n. 17; también nn. 27, 38, 42, 47.

aquellas que algunos benefactores habían donado a los conventos de París y de Bolonia, *"recomendándoles vivir de limosna y hacer uso de ellas con moderación. Cuando en casa había lo suficiente no quería que para ese día se aceptase más"*²⁰⁰.

Además de medio de perfección personal, Domingo quiso la pobreza como testimonio de vida evangélica. Él había podido verificar directamente el fracaso total de la misión de los legados pontificios en medio de los herejes porque habían ido a predicarles el Evangelio acompañados de cabalgaduras y con un gran séquito de servidores; asimismo había comprobado el gran influjo que los herejes ejercían en el ánimo de los fieles por su manifiesta pobreza. Comprendió así el gran valor que tenía el ejemplo de una vida virtuosa y, en particular, el testimonio de una vida pobre como instrumento de apostolado. *"En aquel tiempo -escribe Pedro Ferrando-el siervo de Dios, persuadido de que el corazón de los hombres se mueve más con los ejemplos que con las palabras, y que por eso muchos se sentían atraídos por el error de los herejes, decidió rebatir los ejemplos con otros ejemplos y vencer la falsa virtud con la verdadera"*²⁰¹.

La pobreza voluntaria es el carácter peculiar que distingue a los primeros frailes predicadores. El decreto mediante el cual Fulco, obispo de Tolosa, instituye a Domingo y a sus compañeros como predicadores en su propia diócesis (julio de 1215) dice expresamente que estos frailes *"se proponen practicar la pobreza evangélica y predicar la verdad del Evangelio"*. Honorio III, en las cartas en que presenta a Domingo y a sus compañeros a los obispos de las distintas diócesis, subraya el hecho de que estos religiosos han hecho voto de pobreza voluntaria. Razón por la cual los exhorta a asistir en sus necesidades materiales a aquellos que *"predicando gratis y fielmente la palabra del Señor, buscando solamente el progreso de las almas al seguir al mismo Señor, prefirieron el signo de la pobreza"*²⁰².

Domingo en el lecho de muerte, dejó la pobreza a sus hermanos como preciosa herencia. *"Ved la herencia que os dejo: tened caridad, consevad la humildad, abrazad la pobreza voluntaria"*²⁰³.

La renuncia voluntaria de los bienes materiales es un valioso instrumento de perfección espiritual y de apostolado. La pobreza voluntaria libera el alma de las preocupaciones económicas, que ocupan la mente e impiden dedicarse de lleno a las cosas del espíritu, y permite adherirse con dedicación absoluta a Dios y alcanzar la perfección de la caridad. *"La pobreza voluntaria -escribe Santo Tomás- es total liberación afectiva de la esclavitud de los bienes materiales y es indispensable para quien busca la perfección de la caridad"*. *"Poco te ama -continúa el Santo con palabras de San Agustín- quien ama contigo cualquier cosa que no ama por ti"*²⁰⁴. *"Para la*

²⁰⁰ Acta canoniz. , B., nn. 16, 32.

²⁰¹ P. FERRANDI, Leg. , n. 22.

²⁰² Monum Dipl. , n. 86.

²⁰³ P. FERRANDI, Leg. , n. 50.

²⁰⁴ S.theol. ,11-11, q. 186, a. 3.

*felicidad de la vida contemplativa -añade Santo Tomás-son impedimentos las riquezas, porque sus preocupaciones perturban la paz del espíritu que es sumamente necesaria al contemplativo*²⁰⁵.

*"La pobreza -escribía el Maestro de la Orden Erveo Natale (1318)- liberándonos de las ocupaciones de las cosas terrenas, eleva nuestra mente y nuestro deseo a las cosas celestiales y abre la puerta a la contemplación y al coloquio con Dios"*²⁰⁶.

La pobreza voluntaria es también instrumento valioso para el apostolado porque constituye un ejemplo de vida evangélica, permite al apóstol dedicarse con máximo interés al servicio de sus hermanos y le otorga una gran libertad de acción; le da libertad para decir siempre la verdad, sin temor de ganarse como enemigos a los poderosos.

*"Quien abraza la pobreza voluntaria -escribe el Beato Humberto- es más idóneo para predicar el Evangelio porque debe predicar a Cristo pobre y la pobreza evangélica"*²⁰⁷. ¿Cómo puede predicar la pobreza quien no vive pobremente? El que quiera arrancar a los demás de la esclavitud de las riquezas y disuadirlos del cuidado de los bienes materiales para orientarlos hacia los bienes espirituales, debe primero que todo vencer en sí mismo la codicia y dar ejemplo de sincera pobreza.

Además, Jesús lo ha dicho expresamente: el que quiera seguirlo debe abrazar la pobreza voluntaria (Mt. 19, 21). El apóstol que ha elegido seguir a Cristo y ser testigo de su vida en el mundo, debe ser pobre a ejemplo de su Maestro, que se hizo pobre y vivió como pobre.

Pero no basta ser pobre; el apóstol debe amar la pobreza. Santo Domingo amó tanto la pobreza que se sentía alegre cuando podía sufrir a causa de ella²⁰⁸. La pobreza evangélica no es tanto la pobreza real o material, sino la *"pobreza de espíritu"*. Para imitar a Cristo pobre no basta con ser pobre materialmente, es necesario tener el corazón alejado de las cosas materiales y, sobre todo, privarse libremente y saber gozar de su carencia. *"No es meritorio ser pobre -escribe San Vicente Ferrer- sino, cuando siendo pobre, se ama la pobreza y se soporta, voluntaria y alegremente, las privaciones por amor a Cristo"*²⁰⁹.

²⁰⁵ S. theol. , II-II, q. 186, a. 3, ad. 4.

²⁰⁶ Cartas encicl. M.O., p. 220.

²⁰⁷ De vita reg. , I, p. 51.

²⁰⁸ Acta canoniz. , B., n. 39.

²⁰⁹ Tract, de vita spirituali, I, 1.

3. La castidad

La contemplación de la verdad divina exige el silencio interior, la concentración de todas las energías espirituales en Dios y el dominio sereno sobre los propios sentidos y afectos.

La castidad fielmente vivida crea en el religioso estas condiciones necesarias para la vida contemplativa. La castidad perfecta hace posible la concentración de las propias energías en Dios, crea el silencio interior y da el dominio sobre sí mismo. Cuanto más puro es el corazón tanto más transparente es la mente. La castidad forma aquel hombre espiritual "*capaz de comprender las cosas del Espíritu de Dios*", del que habla el apóstol Pablo (1 Cor. 2, 14-15).

La castidad libera la voluntad de la concupiscencia y permite concentrar el propio espíritu en Dios. "*Quien no está casado -escribe San Pablo- se preocupa de cómo agradar al Señor*", esto es, puede dedicarse más libremente a Dios, sin estar distraído en otras ocupaciones y "*preocupaciones*". Para San Pablo la virginidad o castidad perfecta es un estado privilegiado; es un estado sin "*tribulaciones de la carne*", sin "*preocupaciones*", sin "*distracciones*", sin "*divisiones*" interiores (1 Cor. 7, 25-35). Es propiamente el estado ideal del contemplativo.

La castidad perfecta da al religioso una libertad más profunda, una libertad que - como escribe Santo Tomás- le abre el camino hacia una progresiva elevación del espíritu en la contemplación de la verdad divina: "*para que más libremente se dedique a la contemplación de la verdad*"²¹⁰.

Para Santa Catalina la castidad perfecta tiene como función propia dar luz a la inteligencia para que pueda penetrar mejor en los misterios de Dios. "*El vivir impuramente -dice el Señor a la santa- ofusca los ojos de la inteligencia; por esta razón él (Domingo) no quiere que ellos (sus hijos) se vean privados de esta luz, mediante la cual se adquiere mejor y más perfectamente la luz de la ciencia; sino que pone el voto de continencia y quiere que lo guarden totalmente con verdadera y perfecta obediencia*"²¹¹.

La castidad perfecta no sólo favorece la contemplación; es asimismo de gran ayuda en el ejercicio del ministerio apostólico. La castidad forma al apóstol para el sacrificio y la sublimación de los afectos: es virtud necesaria para quienes deben estar en el mundo sin ser del mundo. La castidad ejerce una considerable fascinación sobre las almas; es estímulo de caridad y manantial de fecundidad espiritual.

Santo Domingo fue un celoso custodio de la pureza, la cual conservó intacta hasta la muerte. "*Anduvo por el camino de la pureza -dice el Beato Jordán- y, por el*

²¹⁰ S. theol. , II-H, q. 152, a. 2. 1

²¹¹ Dialogo, c. 158.

*Dios que ama la pureza, conservó pura hasta el final la flor de su virginidad*²¹². Todos los testigos del proceso de canonización manifiestan unánimemente la convicción de que *"Domingo había conservado siempre la virginidad"*²¹³. Domingo mismo, antes de morir, confiesa haber obtenido de la *"misericordia de Dios "* el conservar sin mancha el candor de su pureza. *"El -escribe el Beato Jordán- recomendó (a los religiosos que había llamado alrededor de su lecho de moribundo) que evitaran la familiaridad sospechosa con las mujeres, especialmente con las jóvenes, porque esto es muy halagador y puede ser una trampa para las almas que aún no están completamente purificadas". "Ved que a mi -dice- la misericordia de Dios me ha conservado hasta hoy en la incorrupción de la carne. Debo confesar, sin embargo, el no haberme podido librar de la imperfección de haber encontrado mayor atracción en hablar con las mujeres jóvenes que con las de mucha edad"*²¹⁴.

4. La obediencia

La promesa de obediencia era una de las dos cosas que Domingo exigía a quienes solicitaban su ingreso en la Orden²¹⁵. Domingo daba un gran valor al voto y a la virtud de la obediencia. Exigía de todos una obediencia pronta y voluntaria. Era muy afable, benévolo y comprensivo, pero también era muy firme en exigir la observancia de la Regla. *"Reflexionaba largo tiempo antes de decidir algo; pero una vez tomada una decisión, era irrevocable"*²¹⁶. Cuando lo juzgaba necesario no vacilaba en castigar *"rigurosamente"* a los culpables, *"para probar lo mucho que le desagradaba"*²¹⁷.

Fundador y jefe natural de toda la Orden, Domingo, con mucha humildad, deseó ardientemente ser hijo de obediencia. Por eso, cuando en Bolonia se celebró el primer Capítulo general (17 de mayo de 1220), renunció a su oficio de Maestro de la Orden. Pero no habiendo aceptado su dimisión sus hermanos hizo nombrar *"definidores"* que tuvieran autoridad sobre él, sobre sus hermanos y con poder sobre todo el capítulo, durante todo el tiempo del capítulo, de legislar, definir y ordenar²¹⁸. De este modo logra poder ejercitar la virtud de la obediencia al menos durante el capítulo, es decir, en el momento solemne en que se definen las leyes de la Orden.

La obediencia en la vida dominicana favorece la vida contemplativa. Con el voto y la virtud de la obediencia el dominico arranca de raíz el obstáculo más grande que impide la posesión de Dios y de su verdad. En efecto, ofreciendo *"a Dios la completa*

²¹² Libellus, n. 8.

²¹³ Acta canoniz- , B., n. 14; también nn. 5, 19, 29, 39, 43 y Acta canoniz- , T., nn. 3-8, 11, 12, 15-18. 2,4

²¹⁴ Libellus, n. 92.

²¹⁵ Const, antiq. , I, c. 14.

²¹⁶ Libellus, n. 103.

²¹⁷ Acta canoniz. , B., nn. 6, 25, 43.

²¹⁸ Acta canoniz- , B., n. 33; cfr. también n. 2.

*donación de su propia voluntad como sacrificio de sí mismo*²¹⁹, libera el espíritu del 'propio yo' y lo hace plenamente disponible a la acción de la gracia. Además, obedecer significa adherirse a la voluntad de Dios *porque "quien se une a Dios forma con El un solo espíritu"* (1 Cor. 6, 17). Formando con Dios una única voluntad y un solo espíritu, el religioso obediente se encuentra en mejores condiciones para penetrar en los misterios divinos.

La obediencia dispone a la contemplación, pero también es fruto de la vida contemplativa. El contemplativo no puede dejar de ser obediente. Quien fija su mirada en Dios, quien está habituado a "ver" a Dios con los ojos de la fe y del amor, es impulsado a adherirse plenamente a la voluntad divina, sea que se manifieste directamente, o indirectamente a través de la Regla y de la voluntad de los superiores (Santa Catalina de Siena).

La obediencia da también mayor eficacia a la acción apostólica. En virtud de la obediencia -dice Santo Tomás- toda obra adquiere mayor mérito ante Dios, porque un hombre *"no puede ofrecer a Dios algo mejor que someter, por El, su propia voluntad a la voluntad de otro"*²²⁰.

Mediante el ejercicio del voto y de la virtud de la obediencia, el apóstol participa activamente en la obra de salvación de Cristo; se pone en perfecta sintonía con el Hijo de Dios que vino al mundo *"para hacer la voluntad del Padre"* (Jn. 4, 34; cf. 5, 30; Heb. 10, 7). Toda la vida de Jesús es expresión de la voluntad del Padre. Esta voluntad lo trajo a la tierra y lo condujo a la cruz, puesto que la adhesión a esta voluntad es la salvación.

La ruina entró en el mundo a causa de la desobediencia, la salvación ha venido por la obediencia (Rm. 5, 19). Aquellos que por vocación son colaboradores de Cristo en la obra de la salvación no pueden dejar de recorrer el mismo camino, de hacerse con Él obedientes, y obedientes hasta la muerte. En la vida espiritual la muerte es condición para renacer. Sólo quien, con el ejercicio de la perfecta obediencia, ha dado muerte al hombre viejo nace a la vida nueva y se hace capaz, por lo mismo, de transmitir a sus hermanos la vida nueva traída por Cristo (2 Cor. 5,17; Ef. 4, 24).

²¹⁹ Cone. Vatic. II, Perfectae caritatis, n. 14.

²²⁰ S. theol. , II-II, q. 186, a. 5, ad 5 et a. 8.

VIII

CLAUSURA, SILENCIO, HÁBITO

1. Clausura y vida religiosa

Preciosas ayudas para observar mejor los deberes de la vida religiosa en la Orden Dominicana nos ofrecen las normas de la clausura, el silencio y el uso del hábito.

El convento de los frailes predicadores fue considerado desde sus orígenes como *"la casa de la contemplación"*. Todo ha sido pensado y organizado en función del recogimiento y de la contemplación. La misma construcción del edificio y la organización de la vida de los religiosos están ordenados a crear un clima apto para favorecer el espíritu contemplativo.

La clausura es el signo externo de la separación del mundo; es una protección, una defensa, que permite realizar mejor la vida religiosa; favorece el recogimiento y la reflexión y crea aquella atmósfera de tranquilidad y austeridad indispensable en el nacimiento y desarrollo del espíritu de oración y contemplación.

Además, la clausura, aislando en cierto modo del mundo, hace sentir más viva la intimidad de la familia que tanto contribuye a alimentar el espíritu comunitario.

Santo Domingo, convencido de que un *"lugar"* adecuado favorece la observancia de la Regla y el desarrollo del espíritu de la Orden, se preocupó también para que las hermanas dispusieran de una casa adecuada a la vida religiosa. Y después de haberla conseguido les pidió una mayor fidelidad a la Regla. *"Hasta ahora no teníais un lugar apto para el normal desarrollo de vuestra vida religiosa -escribe a las hermanas de Madrid- pero hoy ya no podéis decirlo y tenerlo como excusa. Gracias a Dios, disponéis ahora de una habitación bastante adecuada para la vida religiosa. Quiero, pues, que de ahora en adelante se guarde silencio en los lugares establecidos por la Regla"*²²¹.

2. Silencio y predicación

El silencio siempre ha tenido un gran valor en la Orden consagrada a la difusión de la palabra. Las primeras Constituciones dedican un largo capítulo al silencio. De

²²¹ Carta de S. Domingo.

hecho, los hermanos deben guardar siempre silencio en el claustro, en el dormitorio, en la celda, en el refectorio, en la Iglesia... Cuando hay necesidad de decir algo se debe hablar "*silenciosamente*", es decir, en voz baja. Inclusive los enfermos están obligados a la regla del silencio²²².

El silencio en la Orden es considerado como "*salvaguardia de toda la observancia*", muy útil a la vida interior, a la oración, al estudio y a la contemplación de los misterios de Dios²²³.

Santo Domingo era muy solícito en la observancia de esta regla, aún cuando se encontraba de viaje. "*Después de Completas -dice Fray Ventura de Verona-, aún en los viajes, observaba y hacía observar el silencio a sus frailes como si estuviera en el convento; igualmente por la mañana, mientras caminaban, observaba y hacía observar a sus hermanos el silencio durante todo el día hasta la hora de tercia*"²²⁴. "*No queráis disiparos en charlatanerías -escribía a las hermanas de Madrid- ni perdáis el tiempo en parloteos*"²²⁵, esto es, en palabras inútiles. Parlotear es hablar inútilmente, decir futilidades y cosas sin interés, como las fábulas.

En el espíritu de la Orden el silencio es casi un acto de culto; es conciencia de la presencia de Dios y de su deseo de hablar a los hombres. Dios, siempre presente, está a la espera de la disponibilidad del hombre para que lo escuche. El silencio es fuente de serenidad y de paz interior y dispone al coloquio con Dios.

"*Amad el silencio -escribe el Beato Humberto- y evitad la confusión de los hombres. En el silencio el alma se sosiega, se mantiene la paz y la mente asciende más expeditamente a la contemplación. Cuanto más os alejéis del ruido y de las preocupaciones por las cosas materiales, tanto más se os hará cercano Dios*"²²⁶.

El silencio forma al predicador. Acrecentando la vía interior, el silencio aumenta la sensibilidad humana y hace al religioso más comprensivo y benévolo con el prójimo; virtudes tan necesarias al apóstol. En el silencio el dominico aprende a hablar. La fragua de la palabra es el silencio. "*Evitad las palabras inútiles -escribía el Beato Juan Teutónico (1246)- ya que el silencio descende como lluvia la doctrina celestial y es acogida por el corazón sencillo*"²²⁷. Para San Antonino el silencio es "*el padre de los predicadores*".

"*El silencio te enseñará a hablar cuando sea el momento oportuno -escribe San Vicente-, con el silencio extirparéis las solicitudes que sofocan la semilla de la virtud que germina ininterrumpidamente en tu corazón por la inspiración divina*"²²⁸.

²²² Constit. antiq. , I, c. 17

²²³ Liber Const. , n. 46.

²²⁴ Acta canoniz. , B., n. 3; cfr. n. 13.

²²⁵ Carta de S. Domingo.

²²⁶ De vita reg. , I, p. 36.

²²⁷ Cartas enc. M.M.O., p. 9.

²²⁸ Tractatus vit. spin, I, c. 2.

El predicador, pues, se forma en el silencio; en el silencio encuentra a Dios, en el silencio aprende a hablar... pero, ¿y el diálogo? Hoy se da mucho valor al diálogo para el incremento de la fraternidad y para la vida comunitaria. Ciertamente el diálogo no debe faltar. Como en todas las cosas se requiere el justo medio, y es siempre la caridad la que nos lo sugiere; la caridad en este caso nos indica el justo medio, cuándo se debe hablar o cuándo se debe callar. Hay momentos en que se debe hablar: en los encuentros comunitarios, en las reuniones del consejo, en las recreaciones comunes... Pero los tiempos de diálogo no deben ahogar los tiempos del silencio. Para poder dialogar se requieren opiniones de los demás, tener paciencia, reconocer sus propias limitaciones, estar dispuesto a aprender... Pero estas virtudes se adquieren propiamente en el silencio, en el coloquio con Dios.

Pero también el diálogo nace del silencio, de la comunión con Dios, que es la fuente de la comunión fraterna y de las virtudes necesarias a quien quiere dialogar.

La lengua del religioso, como todo su ser, está consagrada a Dios; su empleo debe ser sagrado. *"La lengua -dice Juan Teutónico- está consagrada a los discursos santos, es órgano de caridad y no puerta de vanidad; que vuestro hablar sea siempre lleno de gracia a fin de que comuniquéis la gracia a aquellos que os escuchan"*²²⁹.

*"La lengua -dice el Señor a Santa Catalina- está hecha sólo para rendirme honor, para confesar los propios defectos y para emplearla para la salvación del prójimo"*²³⁰. Ved pues, la lengua ha sido hecha para rendir honor a Dios y para comunicar la gracia y la salvación a los hermanos. Este es el criterio que debe regular el uso de la lengua del dominico.

3. El hábito, signo de consagración

El hábito es para el religioso una especie de clausura; en cierto modo continúa separándolo del mundo, aunque esté fuera del claustro, porque lo identifica, lo distingue y lo protege. Las primeras Constituciones describen hasta en los mínimos detalles el hábito del fraile predicador²³¹. Santo Tomás dice que el hábito es *"el signo de la obligación"*, el signo de la consagración, por esto *"se da o se bendice en el momento de la profesión"*²³².

El hábito religioso, como signo de la propia consagración, es ya una predicación, porque es un testimonio de fe y de servicio a Dios y a los hermanos. Para el Beato Humberto el hábito expresa el espíritu de penitencia que conviene a quien debe predicar

²²⁹ Cartas ene. MM.O., p. 11.

²³⁰ Dialogo, c. 93.

²³¹ Const, antiq., I, c. 19; II, c. 17.

²³² S. theol., II-II, q. 186, a. 7, ad. 2.

la penitencia. *"El predicador -dice él- debe predicar también con el ejemplo y no sólo con la palabra. Pero las obras de penitencia del predicador no son manifiestas, en cambio el hábito se ve; es conveniente, por tanto, que el hábito exprese el espíritu de penitencia del predicador"*²³³. El Beato Humberto condena severamente cualquier elemento que denote refinamiento o mundanidad en el hábito. *"La mundanidad en el hábito -dice- es señal de un alma mundana"*²³⁴.

Él llega a comparar con las meretrices a aquellos religiosos que buscan agradar a los hombres con el refinamiento en su vestir²³⁵.

Santa Catalina subraya el valor simbólico del hábito dominicano. La túnica blanca significa la pureza del religioso, mientras la capa negra expresa su desprendimiento del mundo²³⁶. Hoy naturalmente las exigencias del ministerio apostólico pueden exigir un *"aggiornamento"* también en el hábito. Pero este *"aggiornamento"* no debe ser tal que elimine todos los signos de consagración. Es necesario que *"el signo de nuestra singular vocación"* aparezca siempre manifiesto *"también en el vestido exterior"*²³⁷.

²³³ De vita reg. , I, pp. 239-240.

²³⁴ De vita reg. , I, pp. 236-237.

²³⁵ De vita reg. , I, p. 241.

²³⁶ *"Debes revestirte de una pureza inmaculada, debes rodearte con ella, como indica la túnica blanca. Debes además, morir al mundo; el manto negro lo muestra abiertamente. Mira bien lo que debes; debes seguir el camino estrecho por donde pocos caminan"*.S. CATALINA DE SIENA O.P., en La espiritualidad dominicana por M. S. GILLET OR

²³⁷ JUAN PABLO II, Discurso al pueblo romano, 10 de noviembre 1978.

CONCLUSIÓN

UNIDAD Y ARMONÍA DEL PROYECTO DE SANTO DOMINGO

En la idea de Domingo, como lo hemos visto, confluyen diversos elementos. Pero todos se armonizan en maravillosa unidad en torno al fundamental principio organizador: la caridad de la verdad.

Algunos elementos de la espiritualidad dominicana han sido heredados de los esquemas de la vida monástica; otros de la vida canónica; pero todos aparecen fusionados en la idea central de Domingo, adquiriendo así un valor original. La contemplación, propia de las órdenes monásticas, no es considerada sólo en función de la perfección personal, sino también como causa y fuente de la acción apostólica; tampoco la mortificación y las observancias monásticas tienen sólo un valor ascético, sino que están ordenadas a la formación del apóstol.

Hoy, en virtud de un falso "*aggiornamento*" y con la excusa de las exigencias de nuestro tiempo, diferentes a aquellas en que vivió Santo Domingo, se advierte en algunos la tendencia a querer atenuar y dejar en la sombra ciertos valores de la espiritualidad dominicana. El sacrificio, por ejemplo, la mortificación y la misma vida contemplativa son juzgados como poco compatibles con el dinamismo de la vida moderna y con los compromisos y fatigas del apostolado de nuestro tiempo.

¡Cuidado! Los valores sobre los cuales se fundamenta la espiritualidad dominicana son valores perennes e íntimamente ligados a la idea de Domingo. La contemplación como fuente de la actividad apostólica pertenece a la esencia de esta idea. Se podría dejar a un lado y desarrollar una actividad, pero ya no sería una actividad dominicana, es decir, auténticamente apostólica. Igualmente el espíritu de penitencia no es un valor relegado a una época; el sacrificio como instrumento de redención pertenece a la misma economía de la salvación y, por tanto, es un elemento indispensable en la misión del apóstol. Si no quiere dar golpes en el aire y agitarse inútilmente, el apóstol debe obrar siempre en comunión con Cristo crucificado.

El estudio, el silencio, la clausura y en general las observancias regulares son instrumentos indispensables en la formación del dominico. Además, en cuanto imponen cierta renuncia, son verdadera penitencia y, si se aceptan generosamente, se convierten en parte esencial de aquella cruz que el apóstol debe llevar, si quiere ser discípulo de Cristo.

Cuando un dominico abandona habitualmente algunos puntos de la Constitución, compromete su propia vida contemplativa y la misma eficacia de su ministerio apostólico. Así, podríamos decir que si un dominico ya no siente la necesidad del estudio, del silencio, de la mortificación... ha perdido el gusto por la contemplación y será dominico tan solo de nombre.

La vida que Santo Domingo quiso para sus hijos es la vida apostólica en el sentido pleno de la expresión: una vida apostólica que brota de la abundancia de la contemplación; una vida que se alimenta constantemente en la contemplación de la verdad divina, en el estudio de la sagrada doctrina, en la práctica ascética de los consejos evangélicos, de las virtudes morales y de las observancias regulares y que se expresa en el anuncio de la verdad de la fe y en el testimonio de una vida evangélica.

Los diferentes elementos de la vida dominicana están sólidamente trabados entre sí y se complementan los unos con los otros: el estudio ilumina la oración y la oración alimenta el estudio; ambos, impregnados por la mortificación y la vida regular, abren el camino a la contemplación que se desborda en la vida apostólica. No es posible separar un elemento del otro. La vida dominicana consiste propiamente en el conjunto y la armonía de todos sus valores. Por eso exige un gran equilibrio; equilibrio entre vida apostólica y vida de oración; entre disciplina regular y actividad apostólica; entre acción y estudio, entre estudio y oración. En este equilibrio se realiza la verdadera vida de los hijos de Santo Domingo, de los cuales él quiso que se comportaran siempre *"y en todas partes virtuosa y religiosamente, como personas que desean alcanzar su propia salvación y la del prójimo, como hombres evangélicos, que siguiendo las huellas del Salvador, hablan con Dios o de Dios en su propio interior o con el prójimo"*²³⁸.

²³⁸ Const, antiq. , II, cap. 31.

"Recuerden los Dominicos, heraldos del Evangelio,
que son los embajadores de Cristo."

(S.S. Pío XII, 16 de julio de 1946)